
Consejo editorial

María Eugenia Aubet - Manuel Cruz Rodríguez - Josep M. Delgado Ribas - Oscar Guasch Andreu - Antonio Izquierdo Escribano - Raquel Osborne - R. Lucas Platero - Oriol Román Alfonso - Amelia Sáiz López - Verena Stolcke - Olga Viñuales Sarasa

SARA AHMED

VIVIR UNA VIDA FEMINISTA

Traducción de María Enguix

LEGH/UFSC

LEGH/UFSC

*A todas las feministas aguafiestas
que se lo están currando:*
VA POR VOSOTRAS.

Diseño de la colección: Joaquín Monclús

Diseño de la cubierta: Silvio García Aguirre
www.cartonviejo.net

© Sara Ahmed, 2017

Publicado por Duke University Press, 2017

© María Enguix, por la traducción

© Edicions Bellaterra, S.L., 2018

Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN: 978-84-7290-895-6

Impreso por Romanyà Valls. Capellades (Barcelona)

Introducción. Traer la teoría feminista a casa

¿Qué es lo que oyes cuando oyes la palabra *feminismo*? Es una palabra que me llena de esperanza, de energía. Trae a la mente clamorosas manifestaciones de rechazo y rebelión, así como otras formas sutiles de no tolerar situaciones de menosprecio. Trae a la mente a mujeres que se pusieron en pie, que no callaron y arriesgaron la vida, sus hogares y relaciones personales en la lucha por conseguir mundos más soportables. Trae a la mente libros escritos, sobados y deteriorados, libros que prestaron palabras a algo, a una sensación, a la percepción de una injusticia; libros que, prestándonos palabras, nos prestaron también la fortaleza necesaria para seguir adelante. Feminismo: cómo nos levantamos unas a otras. Tanta historia contenida en una palabra; tantas cosas como esta palabra ha levantado a su vez.

Escribo este libro como una forma de afeirme a la promesa de esta palabra, de pensar qué significa vivir tu vida reclamando como propia esta palabra: ser feminista, hacerse feminista, hablar como feminista. Vivir una vida feminista no significa adoptar una serie de ideales o normas de conducta, pero sí, quizá, hacernos preguntas éticas sobre cómo vivir mejor en un mundo injusto y desigual (en un mundo no feminista y antifeminista); cómo crear relaciones más equitativas con nuestro entorno; cómo descubrir maneras de apoyar a esas personas que reciben menos apoyo, o ninguno, de los sistemas sociales; cómo seguir confrontando historias que se han hecho concretas, historias que se han hecho tan sólidas como muros.

Conviene señalar, de entrada, que la idea de que el feminismo tiene que ver con cómo vivir, con una manera de pensar cómo vivir, se ha entendido muchas veces como historia pasada del feminismo,

como una idea trasnochada, asociada a una actitud moralizante, e incluso controladora, de lo que podría llamarse, o se ha dado en llamar, por lo general despectivamente, feminismo cultural. En el capítulo 9 profundizaré en las políticas de este desprecio. No es mi intención insinuar que esta versión del feminismo que ejerce de policía moral —la clase de feminismo que tacharía tal o cual práctica (y, por la misma regla de tres, a tal o cual persona) de antifeminista o no feminista, no sea más que una invención. Yo he oído antes este juicio; una vez me cayó sobre los hombros.¹

Pero la figura de la feminista controladora es promiscua por una razón. Es más fácil rechazar el feminismo cuando se entiende como un movimiento de rechazo; como un movimiento cuyo objetivo es que las personas se sientan mal por sus deseos y empeños. La figura de la policía feminista es evocada porque resulta útil; oír a las feministas como si fueran policías es una manera de no oír el feminismo. Muchas figuras feministas son herramientas antifeministas, aunque siempre podemos reutilizarlas para nuestros propios fines. Una forma de reutilización podría ser la siguiente: si por señalar el sexismo nos achacan un comportamiento policial, pues seremos la policía feminista. Observemos, no obstante, que reutilizar las figuras antifeministas no significa que estemos de acuerdo con la opinión anterior (que cuestionar el sexismo es ejercer un control policial), sino más bien todo lo contrario, significa que estamos en desacuerdo con esta premisa, y la transformamos en una promesa (si creéis que por cuestionar el sexismo ejercemos un control policial, pues sí, somos la policía feminista).

Si hacemos del feminismo una cuestión de vida, nos juzgarán como mujeres prejuiciosas. En este libro me niego a relegar la cuestión de cómo se vive una vida feminista a la historia. Vivir una vida feminista es convertirlo todo en algo que es cuestionable. La cuestión de cómo se vive una vida feminista está viva como cuestión y es una cuestión de vida.

Si nos hacemos feministas debido a las desigualdades y las injusticias del mundo, debido a lo que el mundo no es, ¿qué clase de mundo estamos construyendo? Para construir moradas feministas es preciso

1. Lo digo literalmente: una vez, cuando era estudiante de doctorado, una feminista del personal docente me subió la blusa de hombros descubiertos que yo llevaba para tapármelos, diciéndome algo así como: «Se supone que eres feminista».

desarmar lo que ha sido armado previamente; necesitamos preguntarnos contra qué estamos, a favor de qué estamos, con plena consciencia de que este sujeto plural que somos *nosotras* no es un cimiento, sino aquello por lo que trabajamos. Cuando entendamos qué es lo que queremos, estaremos entendiendo qué significa este *nosotras*, este espezanzado significativo que constituye una colectividad feminista. Donde existe esperanza, existe dificultad. Las historias feministas son historias de la dificultad de este *nosotras*, una historia de quienes han tenido que luchar para ser parte de un colectivo feminista, o incluso han tenido que luchar en contra de un colectivo feminista para defender una causa feminista. La esperanza no existe a costa de la lucha, sino que anima la lucha; gracias a la esperanza percibimos que tiene un sentido dilucidar las cosas, y trabajarlas. La esperanza no solo, o no siempre, mira hacia el futuro, sino que también nos remolca cuando el terreno es difícil, cuando nos cuesta más avanzar por el camino que seguimos.² La esperanza nos respalda cuando tenemos que esforzarnos porque algo sea posible.

Un movimiento feminista

El feminismo es un movimiento en muchos sentidos. Algo nos mueve a hacernos feministas. Quizá este algo sea un sentido de injusticia, de que algo está mal, como exploro en el capítulo 1. Un movimiento feminista es un movimiento político colectivo. Muchos feminismos significan muchos movimientos. Un colectivo es lo que no permanece quieto, sino que crea movimiento y es creado por él. Imagino la acción feminista como ondas en el agua; una pequeña ola, posiblemente creada por los rigores del clima, aquí y allá, cada movimiento posibilitando otro, otra onda, hacia fuera, expansiva. Feminismo: el dinamismo de crear conexiones. Y, así y todo, para que exista un movimiento hay que construirlo. Para ser parte de un movimiento es necesario encontrar espacios donde podamos juntarnos, espacios de

2. Para ahondar en el debate sobre la esperanza con relación al tiempo pasado, véase mi libro *The Cultural Politics of Emotion* (Ahmed, 2004; hay traducción castellana: *La política cultural de las emociones*, trad. Cecilia Olivares, UNAM, 2015).

reunión. Un movimiento también es un refugio. Convocamos; tenemos una convención. Un movimiento nace para transformar lo que existe. Un movimiento necesita asentarse en algún lugar. Un movimiento no es simplemente, o solamente, un movimiento; hay algo que necesita permanecer quieto, con un espacio propio, si algo nos mueve a transformar lo que existe.

Podríamos decir que un movimiento es fuerte cuando somos testigos de un ímpetu: cuando muchas personas se reúnen en las calles, cuando muchas personas firman con sus nombres en señal de protesta contra algo, cuando muchas personas usan un nombre para identificarse. Creo que en los últimos años hemos sido testigos del auge de un ímpetu en torno al feminismo, en protestas globales contra la violencia contra las mujeres; en el número cada vez mayor de libros de divulgación sobre el feminismo; en la alta visibilidad del activismo feminista en los medios sociales; en cómo la palabra *feminismo* hace saltar chispas del escenario cuando lo ocupan artistas y celebridades como Beyoncé. Como docente, he sido testigo presencial de este repunte: cada vez son más las estudiantes que quieren identificarse como feministas, que piden que enseñemos más cursos sobre feminismo; y la casi apabullante popularidad de las actividades que organizamos en torno al feminismo, en especial el feminismo queer y el feminismo trans. El feminismo está despertando el interés de la gente.

Pero no todo el movimiento feminista se detecta con tanta facilidad. Un movimiento feminista no siempre se manifiesta en público. Un movimiento feminista puede producirse en el momento en que una mujer se quiebra, en el momento en que deja de soportar la violencia que satura su mundo, un mundo (véase capítulo 8). Un movimiento feminista puede producirse cuando se crean conexiones entre personas que reconocen algo — relaciones de poder, violencia de género, género como violencia — como eso a lo que se oponen, incluso si cada cual lo enuncia con distintas palabras. Si pensamos en el lema de la segunda ola del feminismo «lo personal es político», podemos pensar el feminismo como eso que ocurre en los espacios que se han encorchetado históricamente como espacios no políticos: en acuerdos domésticos, en el hogar, cada habitación de la casa puede convertirse en una habitación feminista, en quién hace qué dónde, lo mismo que en la calle, en el parlamento, en la universidad. El feminismo está donde el feminismo necesita estar. El feminismo necesita estar en todas partes.

El feminismo necesita estar en todas partes porque el feminismo no está en todas partes. ¿Dónde está el feminismo? Es una buena pregunta. Podemos preguntarnos: ¿dónde encontramos el feminismo, o dónde nos encontramos el feminismo? Formulo esta cuestión como una cuestión de vida en la primera parte de este libro. Una historia siempre empieza antes de poder ser contada. ¿En qué momento se convirtió el feminismo en una palabra que, además de hablarte a ti, también habla de ti, de tu existencia, en una palabra que te hizo existir? ¿Cuándo se hizo tuyo el sonido de la palabra *feminismo*? ¿Qué sentido tuvo, qué sentido tiene, apoyarse en el feminismo, combatir en su nombre? ¿Sentir en sus altibajos, en sus idas y venidas, tus altibajos, tus idas y venidas?

Cuando, en este libro, pienso en mi vida feminista, me pregunto «¿de dónde?», pero también «¿de quién?». ¿De quién me viene el feminismo? Siempre recordaré una conversación que tuve siendo joven, a finales de los años 1980. Fue una conversación con mi tía Gulzar Bano. La recuerdo como una de mis primeras maestras feministas. Yo le había dado a leer algunos de mis poemas. En uno, usé él. «¿Por qué has usado él — me preguntó dulcemente — cuando podías haber usado *ella*?» La pregunta, formulada con tanta calidez y amabilidad, suscitó en mí un gran pesar, una gran tristeza, cuando comprendí que ni las palabras ni los mundos cuyas puertas yo creía abiertas estaban en absoluto abiertas para mí. Él no incluye *ella*. La lección se hace enseñanza. Para producir un efecto, tuve que desalojar ese él. Hacerse *ella* es hacerse parte de un movimiento feminista. Una feminista se hace *ella*, incluso si ya la identifican como *ella*, cuando oye en esta palabra un rechazo de él, el rechazo de que él prometa su inclusión. Una feminista recoge esta palabra, *ella*, y la hace suya.

Comencé a entender lo que ya sé: que la lógica patriarcal llega hasta el fondo, hasta la letra, hasta la médula. Tuve que encontrar maneras de no reproducir su gramática en lo que yo decía, en lo que escribía; en lo que hacía, en quien era. Es importante haber aprendido esta lección feminista de mi tía de Lahore (Paquistán), una mujer musulmana, una feminista musulmana, una feminista de piel oscura. Supuestamente, el feminismo viaja de Occidente a Oriente. Supuestamente, el feminismo es lo que Occidente da a Oriente. Esta suposición es una suposición que viaja contando una historia feminista a su manera, una historia repetida **hasta** la saciedad; la historia de cómo el

feminismo se hizo útil como obsequio imperial. Esta no es mi historia. Necesitamos contar otras historias feministas. El feminismo viajó hasta mí, que crecí en Occidente, desde Oriente. Mis tías paquistaníes me enseñaron que mi mente me pertenece a mí (lo que viene a decir que mi mente no es propiedad de nadie); me enseñaron a hablar por mí misma; a hablar contra la violencia y la injusticia.

Es importante dónde encontramos el feminismo; es importante de quién nos viene el feminismo.

Como movimiento colectivo, el feminismo surge de eso que nos mueve a hacernos feministas en diálogo con otras personas. Para que exista un movimiento es necesario que nos movamos. Exploro esta necesidad revisando la cuestión de la conciencia feminista en la primera parte del libro. Pensemos por qué los movimientos feministas siguen siendo necesarios. Para ello, quiero rescatar la definición que bell hooks hace del feminismo como «el movimiento para acabar con el sexismo, la explotación sexual y la opresión sexual» (2000, p. 33). Aprendemos muchísimo de esta definición. El feminismo es necesario por todo aquello que no ha acabado: el sexismo, la explotación sexual y la opresión sexual. Y, para hooks, el «sexismo, la explotación sexual y la opresión sexual» no pueden disociarse del racismo, de cómo las historias coloniales, incluida la esclavitud, moldean el presente y son centrales para la explotación del trabajo en las sociedades capitalistas. La interseccionalidad es un punto de partida, el punto desde el cual debemos avanzar si queremos describir los mecanismos del poder. El feminismo será interseccional «o será una meme», por recurrir a la elocuencia de Flavia Dzodan.³ Esta es la clase de feminismo a la que me refiero a lo largo de este libro (a menos que indique lo contrario, aludiendo específicamente al feminismo blanco).

Un paso significativo de cualquier movimiento feminista es reconocer lo que no ha acabado. Y este paso es un paso muy duro. Es un paso lento y laborioso. Podríamos pensar que hemos dado este paso y comprender, al cabo, que hemos de darlo otra vez. Podría ser la fanta-

sía de la igualdad: que las mujeres ya pueden conseguirla, o que incluso la tienen, o que podrían tenerla con esforzarse lo suficiente; que las mujeres, a título personal, pueden acabar con el sexismo y otras barreras (podríamos describir estas barreras como un techo de cristal o una pared de ladrillo) solo a base de esfuerzo, perseverancia o voluntad. Hay tantas cosas que nuestros cuerpos terminan asumiendo. Podríamos llamar a esto fantasía posmoderna: que una mujer, por sí sola, puede poner fin a eso que bloquea su movimiento; o que el feminismo ha puesto fin al «sexismo, la explotación sexual o la opresión sexual», como si los logros del feminismo fueran tales que han erradicado su necesidad de existencia (Gill, 2007; McRobbie, 2009); o que estos fenómenos son, a su vez, una fantasía feminista, un apego a algo que nunca existió o que ya no existe. Podríamos pensar igualmente la post-raza como una fantasía a través de la cual opera el racismo: como si el racismo quedara atrás porque ya no creemos en la raza, o como si el racismo pudiera quedar atrás si dejáramos de creer en la raza. Quiénes venimos a encarnar la diversidad para las instituciones ponemos supuestamente fin a la blanquitud por el solo hecho de incorporarnos a ellas (véase capítulo 6).

Cuando te haces feminista, descubres muy rápidamente que: algunas personas no reconocen la existencia de eso a lo que tú deseas poner fin. Este libro sigue este descubrimiento. Gran parte del quehacer feminista y antirracista consiste en intentar convencer a tu entorno de que el sexismo y el racismo no han acabado; de que el sexismo y el racismo son piezas fundamentales de las injusticias del capitalismo tardío; de que importan. Hablar simplemente de sexismo y racismo aquí y ahora es rechazar un desplazamiento; es negarte a envolver de postfeminismo o de post-raza tu discurso, cosa que te exigiría el uso del pasado (en aquella época) o las referencias a otros lugares (allí).⁴

El solo hecho de describir algo como sexista y racista aquí y ahora también puede crear problemas. Si señalas las estructuras, dicen que estás todo en tu cabeza. Lo que describes como algo material se desdén como algo mental. Pienso que de estos desdenes aprendemos sobre la materialidad, como intentaré mostrar en la segunda par-

4. El racismo está presente en muchas situaciones de sexismo: el sexismo suele entenderse como un problema de culturas (o un problema cultural) que están «allí» y no «aquí». Ojo: ese otro lugar suele verse como atrasado en el tiempo.

3. Flavia Dzodan, «My Feminism Will Be Intersectional or It Will Be Bullshit!», Tigerbeatdown, 10 de octubre de 2011, <<http://tigerbeatdown.com/2011/10/10/my-feminism-will-be-intersectional-or-it-will-be-bullshit/>>.

te, donde hablo del trabajo de la diversidad. Pensemos también en lo que se nos exige: la labor política necesaria de tener que insistir en que eso que estamos describiendo no es lo que sentimos o pensamos nosotros simplemente. Un movimiento feminista depende de nuestra capacidad de seguir insistiendo en algo: la pertinaz existencia de esas mismas cosas a las que deseamos poner fin. La labor de esta insistencia es lo que describo en este libro. Aprendemos de ser feministas.

Un movimiento feminista requiere, por lo tanto, que adoptemos tendencias feministas, una disposición a seguir adelante a pesar de las barreras, o incluso, debido a ellas. Podríamos pensar este proceso como una práctica del feminismo. Si tendemos hacia el mundo con una actitud feminista, si repetimos esta tendencia una y otra vez, adquirimos tendencias feministas. La esperanza feminista es la imposibilidad de eliminar este potencial de adquisición. Y, aun así, tan pronto te haces feminista, tienes la sensación de que siempre lo has sido. ¿Es posible que siempre lo hayas sido? ¿Es posible que hayas sido feminista desde el principio? Puede parecer que siempre has tenido esta inclinación. Es posible que tendieras hacia esta actitud feminista porque ya tendrías a ser una chica rebelde o incluso voluntariosa (véase el capítulo 3), disconforme con el lugar que te habían asignado. O es posible que el feminismo sea una forma de empezar otra vez: de manera que tu historia empiece, en cierto modo, con el feminismo.

Un movimiento feminista se construye con muchos momentos de este empezar otra vez. Y esta es una de mis preocupaciones principales: en qué medida es necesario, para el movimiento feminista, adoptar una tendencia feminista que hace de ti esa clase de chica o mujer; la que yerra, o es mala, la que opina sin tapujos, la que escribe su nombre, la que levanta el brazo en señal de protesta. La lucha individual importa; de ella depende un movimiento colectivo. Pero, evidentemente, no por pertenecer al bando de las malas tenemos necesariamente la razón. Muchas injusticias son cometidas y se cometen por quienes se piensan en el bando de las malas —bien el de las malas mujeres, bien el de las malas feministas—. Nada garantiza que, en nuestra lucha por la justicia, actuemos nosotras mismas con justicia. Debemos dudar, temprar la fuerza de nuestras tendencias con la duda; vacilar cuando estemos seguras, o incluso porque estamos seguras. Un movimiento feminista que obra con excesiva confianza nos ha costado ya demasiado. En la tercera parte del libro exploro la necesidad de

dudar de nuestras convicciones. Si una tendencia feminista es eso a lo que aspiramos, esta tendencia no nos proporciona un terreno estable.

Trabajo para casa

El feminismo es trabajo para casa. Cuando digo *trabajo para casa*, lo primero que se me viene a la cabeza es el colegio; los deberes que te manda la maestra. Me veo sentada a la mesa de la cocina y haciendo los deberes antes de que me dejen ir a jugar. El trabajo para casa es un trabajo bastante sencillo para hacer en casa, generalmente asignado por personas con autoridad fuera de casa. El feminismo, entendido como trabajo para casa, no es la tarea asignada por una maestra, aun que tengas maestras feministas. Si el feminismo es una tarea, es una tarea que te asignas tú misma. Nos imponemos a nosotras mismas esta tarea. Cuando hablo de trabajo para casa no quiero insinuar que todas estamos a gusto en el feminismo, en el sentido de que nos sentimos seguras o a salvo. Algunas hallaremos en él un hogar; es posible que otras no. Más bien, lo que sugiero es que el feminismo es trabajo para casa porque tenemos mucho que reflexionar sobre nuestro malestar en el mundo. En otras palabras, el trabajo para casa es trabajo que hacemos sobre nuestras casas y en nuestras casas. Realizamos quehaceres domésticos. El quehacer doméstico feminista no consiste simplemente en limpiar y mantener una casa. El objetivo del quehacer doméstico feminista es transformar la casa, reconstruir la residencia del amo.

En este libro quiero pensar la teoría feminista como trabajo para casa, como una forma de repensar cómo se origina y dónde termina la teoría feminista. ¿Qué es eso que llamamos teoría feminista? Podríamos pensar, de entrada, que la teoría feminista es eso que producen las feministas que trabajan en el ámbito académico. Yo quiero sugerir que la teoría feminista es algo que hacemos en casa. En la primera parte del libro, exploro cómo, al hacernos feministas, estamos desarrollando un quehacer tanto intelectual como emocional; comenzamos a experimentar el género como una restricción de la posibilidad, y descubrimos mundos mientras circulamos por estas restricciones. Las experiencias de ser feminista, pongamos a la mesa familiar o una mesa de reunión, fueron para mí lecciones de vida, y al mismo tiempo también

fueron filosóficas. Aprender de ser feminista es aprender sobre el mundo.

La teoría feminista puede ser lo que hacemos juntas en el aula; en una conferencia; leyendo cada una el trabajo de la otra. Pero pienso con demasiada frecuencia que relegamos la teoría feminista a una clase específica, o incluso una clase más elevada, de trabajo feminista. Tenemos que traer la teoría feminista a casa, porque por teoría feminista se ha entendido con excesiva rapidez algo que hacemos estando lejos de casa (como si la teoría feminista fuera eso que aprendes cuando vas al colegio). Cuando estamos fuera, podemos aprender, y aprendemos, nuevas palabras, nuevos conceptos y nuevos ángulos. Descubrimos a nuevas autoras que provocan momentos reveladores. Pero la teoría feminista no empieza allí. La teoría feminista podría ser incluso lo que te lleva allí.

En los círculos académicos, la palabra *teoría* tiene mucho capital. Siempre me ha interesado cómo se distribuye esta palabra; cómo ciertos materiales son entendidos como teoría y otros no. Mi trayectoria puede explicar en parte este interés: pasé de obtener un doctorado en teoría crítica a ser profesora de estudios de la mujer. Como estudiante de teoría, aprendí que la teoría se usa para referenciar un corpus de trabajo más bien limitado. Un trabajo se considera teoría porque alude a otro trabajo reconocido como teoría. En torno a la teoría se crea una cadena de citas: te conviertes en teórica porque citas a otros teóricos que citan a otros teóricos. Algo de este trabajo sí que me interesaba; pero seguí descubriendo que quería cuestionar la selección de materiales y cómo se leían.

Recuerdo que nos enseñaron que la obra de cierto teórico tenía dos aspectos, una historia de deseo y una historia del falo. Nos dijeron, básicamente, que aparcáramos la segunda historia para centrarnos en la primera y dejarnos llevar por ella. Comencé a preguntarme si hacer teoría era dedicarse a un corpus de obras dejando a un lado cuestiones como el falocentrismo o el sexismo. En efecto, nos estaban pidiendo que aparcáramos nuestras dudas sobre el sexismo palpable en lo que era leído como teoría y lo que leíamos en teoría. Todavía recuerdo que uno de los trabajos que tuve que entregar era un ensayo sobre una lectura crítica de un texto teórico que se centraba en la mujer; lectura que más parte formaría parte del capítulo «Woman» de mi primer libro, *Differences That Matter* (Ahmed, 1998). Me interesaba

que los comentarios del profesor, del tipo «Esto no trata de las mujeres», sirvieran para eludir cualquier pregunta sobre la representación de la figura de la mujer en la tradición intelectual masculina. Cuando me devolvió el ensayo, el examinador había escrito en letras bien grandes: «¡Esto no es teoría! ¡Es política!».

En ese momento pensé: si la teoría no es política, ¡me alegro de no estar haciendo teoría! Y fue un alivio abandonar ese espacio donde la teoría y la política estaban organizadas como trayectorias distintas. Cuando llegué a los estudios de la mujer, me di cuenta de que a veces el término *teoría feminista* me reclutaba dentro de una clase de feminista diferente de otras clases de feministas, las consideradas, por así decirlo, más empíricas, en apariencia menos imbuidas de teoría, o filosóficas. Siempre he experimentado este reclutamiento como una forma de violencia. Espero experimentar siempre este reclutamiento como una forma de violencia. Aunque me siento relativamente cómoda en la teoría crítica, no deposito en ella mi esperanza, como tampoco pienso que sea un lugar particularmente difícil en el que estar; si acaso, creo que hacer un trabajo abstracto y teórico en general es más fácil. Recuerdo haber escuchado a una filósofa feminista que se disculpaba cada vez que citaba a tal o cual filósofo varón porque era muy difícil. Hizo que me sintiera muy rebelde. Pienso que las cuestiones más difíciles, las más duras, son las que formulan las feministas preocupadas por explicar la violencia, la desigualdad, la injusticia. Para mí, en el trabajo empírico, en el mundo que existe, es donde residen las dificultades y, por tanto, los mayores desafíos. La teoría crítica es como cualquier lengua; la aprendes y, una vez aprendida, empiezas a desenvolverte con ella. Puede ser difícil, no hay duda, cuando no tienes las herramientas de orientación para desplazarte por un paisaje nuevo. Pero explicar fenómenos como el racismo y el sexismo —cómo se reproducen, cómo continúan reproduciéndose— no es algo que podamos explicar sencillamente aprendiendo un nuevo lenguaje. No es una dificultad que podamos resolver gracias a la familiaridad o la repetición; es más, la familiaridad y la repetición son la fuente de la dificultad; son precisamente lo que debe explicarse. Frente a estos fenómenos, nuestra insuficiente comprensión nos devuelve constantemente al punto de partida. Es aquí donde encontramos una y otra vez los límites del pensamiento. Es aquí donde sentiremos sus límites. Nos enfrentamos a algo que no podemos resolver. La insuficiencia de

lo que sabemos puede devolvernos al punto de partida. Y podemos devolver lo que sabemos al punto de partida.

Como muestro en la segunda parte del libro, mi experiencia de sacar a relucir el racismo y el sexismo en la universidad (de negarme a que el canon filosófico engullera plácidamente estas cuestiones) reproducía otras experiencias previas de sacar a relucir el racismo y el sexismo a la mesa familiar. Esta reproducción es otra forma de pedagogía: aprendemos de cómo las mismas cosas continúan reproduciéndose. Para tu entorno, estarás interrumpiendo una feliz reunión con la sensación de tu propia negación. Para tu entorno, estarás haciendo política identitaria si hablas de racismo porque eres una persona de color, o si hablas de sexismo porque eres una mujer. Nirmal Puwar (2004) ha señalado que algunas mujeres se vuelven «invasoras de espacios» cuando entran en espacios que no están pensados para ellas. Podemos ser invasoras de espacios en los círculos académicos; también podemos ser invasoras de espacios en la teoría, solo por citar textos inconvenientes o por hacer preguntas inconvenientes.

Una pregunta puede estar fuera de lugar: las palabras también.

Una reacción puede ser la de intentar habitar lo mejor posible los espacios que no están pensados para nosotras. Podríamos incluso identificarnos con lo universal de la universidad si aceptamos dejar a un lado nuestras particularidades.⁵ En esto, hay una disrupción, una invención incluso, no tengo dudas al respecto. Pero pensad en esto: quienes llegamos a una institución académica que no ha sido moldeada por o para nosotras, aportamos conocimientos, y mundos, que de otro modo no estarían presentes allí. Pensad en esto: cómo aprendemos de mundos cuando no nos acomodan. Pensad en la clase de experiencias que tenéis cuando no se espera que estéis aquí. Estas experiencias son un recurso para producir conocimiento. Traer la teoría feminista a casa es introducir el feminismo en los espacios que habitamos, en los espacios de trabajo. Cuando pensamos en la teoría femi-

5. He llamado a esto «universalismo melancólico»: te identificas con lo universal que te ha repudiado. Para consultar algunas observaciones preliminares, véase el artículo de mi blog «Melancholic Universalism», *feministkilljoys*, 15 de diciembre de 2015, <<http://feministkilljoys.com/2015/12/15/melancholic-universalism/>>.

nista como en deberes para casa, la universidad es a la vez el espacio donde trabajamos y sobre lo que trabajamos. Usamos nuestras particularidades para cuestionar lo universal.

Construyendo mundos feministas

Lo diré de una vez: me gusta y valoro buena parte del trabajo que se enseña y se lee como teoría crítica. Primero pasé por ella, y tenía mis razones; las explico en el capítulo 1. Pero aun así recuerdo que en el segundo año de doctorado leí textos de feministas negras y feministas de color como Audre Lorde, bell hooks y Gloria Anzaldúa. No había leído nada de ellas y su obra me sacudió. En esta escritura, descubrí, la experiencia encarnada del poder proporcionaba la base del conocimiento. Era una escritura animada por la cotidianidad: los detalles de un encuentro, un incidente, una celebración, como percepciones centelleantes. Leer el trabajo de feministas negras y feministas de color me cambió la vida; comencé a valorar que, cuanto más se acerca la teoría a la piel, mayor es su capacidad de hacer cosas.

Entonces lo decidí: el trabajo teórico que está en contacto con el mundo es la clase de trabajo teórico que quiero hacer. Incluso cuando he escrito textos organizados en torno a la historia de las ideas, he intentado escribir a partir de mis experiencias personales: lo cotidiano como animación. Cuando escribí este libro quise estar más cerca que nunca de lo cotidiano. Este libro es personal. Lo personal es teórico. La teoría suele pensarse como algo abstracto: algo será más teórico cuanto más abstracto sea, cuanto más se abstraiga de la vida cotidiana. Abstraerse es alejarse, despegarse, apartarse o desviarse. Tal vez sea necesario arrastrarla de vuelta, traer la teoría de vuelta a la vida.

Aunque mis primeras obras incluían ejemplos de la vida cotidiana, también hacían considerable referencia a las tradiciones intelectuales. No me cabe duda de que estas tradiciones me fueron necesarias para dar algunos pasos en mis tesis: en *The Promise of Happiness* (Ahmed, 2010) necesité ubicar la figura de la aguijón feminista en el contexto de la historia de la felicidad, explicar su aparición; en *Wifful Subjects* (Ahmed, 2014) necesité ubicar a la figura del sujeto voluntarioso en el contexto de la historia de la voluntad para que tuviera

un sentido también. Pero tan pronto aparecieron estas figuras, me proporcionaron otro asidero. Cobraron vida propia, o acaso debería decir: mi escritura pudo con estas figuras por la vida que tenían. Estas figuras se transformaron rápidamente en una fuente de nuevas formas de conexión. Creé un blog organizado en torno a ellas (feministkilljoys.com), que escribía paralelamente a este libro. Desde que empecé este blog, he recibido mensajes de muchas estudiantes, no solo de pregrado y de posgrado, sino también de institutos, sobre sus experiencias personales como aguafiestas feministas y sujetos voluntariosos. He aprendido muchísimo de estos mensajes. Con toda sinceridad, este libro sale de ellas. Dedico este libro a las estudiantes feministas. Está hecho pensando en vosotras.

Hacerse feminista es seguir siendo estudiante. Esta es la razón: las figuras de la aguafiestas feminista y del sujeto voluntarioso son estudiosas. No es sorprendente que me permitieran comunicarme con quienes percibían en estas figuras una explicación de algo (una dificultad, una situación, una tarea). Yo sigo intentando explicarme algo (una dificultad, una situación, una tarea), y este libro es el producto de esta labor. Una de las finalidades de *Vivir una vida feminista* es liberar a estas figuras de las historias en las que están alojadas. Intento desentrañar y abordar lo que nos están diciendo. En cierta manera, pues, vuelvo sobre mi trayectoria intelectual en este libro. Al recordar las condiciones de su llegada, cómo surgieron ante mí, cómo se volvieron preocupantes, estoy volviendo sobre un terreno ya conocido. Un viaje intelectual es como cualquier viaje. Un paso permite el siguiente. En este libro retomo algunos de estos pasos.

En este desandar el camino, espero hacer más accesibles algunos de mis argumentos: si permanece más cerca de lo cotidiano, la teoría feminista se hace más accesible. Cuando empecé a trabajar en este libro pensé que estaba escribiendo un texto feminista más convencional, o un libro comercial incluso. Comprendí que el libro que estaba escribiendo no era esa clase de libro. Quería elaborar un argumento pausado, volver sobre antiguas cuestiones, y tomarme mi tiempo. Y, con todo, deseaba hacer una intervención dentro del feminismo académico. Llevo veinte años trabajando en el ámbito académico y me desenvuelvo con bastante comodidad con el lenguaje académico de la teoría feminista. Soy consciente de que no todas las feministas se sienten cómodas en la comunidad académica, y de que el lenguaje

académico de la teoría feminista puede ser alienante. En este libro hago uso del lenguaje académico. Estoy trabajando en mi terreno, de manera que el lenguaje académico es una de mis herramientas. Pero también aspiro a que mis palabras estén todo lo cerca del mundo como sea posible, en un intento por mostrar que la teoría feminista es lo que hacemos cuando vivimos nuestras vidas como feministas.

Al desandar algunos de los pasos de este viaje, no estoy haciendo el mismo viaje. He encontrado cosas nuevas en el camino, porque he permanecido más cerca de lo cotidiano. Debiera añadir que, para permanecer cerca de lo cotidiano, es preciso poner atención a palabras y, por ende, conceptos, como felicidad, como voluntad. Sigo prestando oídos a las resonancias. Pienso en el feminismo como en poesía; escuchamos historias hechas palabras; recomponemos historias poniéndoles palabras. En este libro, como en los anteriores, sigo a las palabras, girándolas así y así, como un objeto que atrapa una luz diferente cada vez que lo giras; poniendo atención a las mismas palabras en contextos diferentes, permitiéndoles crear ondas o nuevos patrones como textura sobre un terreno. Elaboro razonamientos escuchando sus resonancias; así, las palabras se repiten en este libro, a veces una y otra vez; palabras como *quebrarse*, palabras como *chasquido*. La repetición es el escenario de una enseñanza feminista.

Una enseñanza feminista: si empezamos contando nuestras experiencias sobre cómo nos hicimos feministas podremos, no solo tener otra manera de producir ideas feministas, sino también de producir nuevas ideas sobre el feminismo. Ideas feministas es lo que se nos ocurre para comprender lo que persiste. Debemos persistir en forjar nuevas ideas feministas y la forma de hacerlo es forjándolas. De esta idea ya se desprende una idea diferente sobre las ideas. Las ideas no deberían ser algo que se produce en la distancia, una forma de abstraer algo de algo, sino a partir de nuestra participación en un mundo que a menudo nos deja, francamente, perplejas. Las ideas pueden ser cómo trabajamos con y sobre nuestras corazonadas, esas sensaciones de que algo falla, no está bien, que forman parte de nuestra vida cotidiana y son un punto de partida para muchísimo trabajo crítico.

Cuando intentamos describir algo que es difícil, que se resiste a ser comprendido por completo en el presente, producimos lo que yo llamo «conceptos sudorosos». La primera vez que usé este término fue cuando quise describir a mis estudiantes la clase de labor intelectual

tual evidente en la obra de Audre Lorde. Me gustaría aprovechar estas líneas para reconocer mi deuda con ella. No puedo expresar con palabras cuánto le debo a Audre Lorde el legado de su extraordinario archivo. Cuando leí por primera vez a Audre Lorde, fue como si me lanzaran un salvavidas. Las palabras, que emanaban de la descripción de su experiencia como mujer, madre, lesbiana, poeta, guerrera negra, me encontraron donde estaba; un lugar distinto del suyo, pero sus palabras me encontraron. Sus palabras me dieron el valor de transformar mi experiencia en un recurso, mis experiencias como mujer, lesbiana, hija oscura; como escritora, de construir teoría a partir de la descripción de mi lugar en el mundo, de construir teoría a partir de la descripción de no tener cabida en un mundo. Un salvavidas: puede ser una cuerda frágil, gastada y deshilachada por las inclemencias del tiempo, pero es suficiente, lo bastante para resistir tu peso, para tirar de ti, para ayudarte a sobrevivir una experiencia desgarradora.

Un concepto sudoroso: otra forma de salir de una experiencia desgarradora. Cuando hablo de conceptos sudorosos en el trabajo descriptivo intento decir dos cosas como mínimo. Primero, he insinuado que, con excesiva frecuencia, el trabajo conceptual se entiende como algo distinto a describir una situación: y aquí entiendo por situación algo que viene a exigir una respuesta. Una situación puede hacer referencia a una combinación de circunstancias de un determinado momento, pero también a una serie de circunstancias críticas, problemáticas o chocantes. Lauren Berlant describe así una situación: «Un estado de cosas en las que algo que quizá importe en el futuro se está desarrollando en medio del habitual discurrir de la vida» (2008, p. 5). Si una situación es a lo que nos abocan las cosas, entonces nuestra forma de entender las cosas también se despliega a partir del «discurrir habitual de la vida». Los conceptos suelen identificarse como eso que se les ocurre a los teóricos en cierto modo, a menudo mediante la contemplación y el retiro, como la manzana que te cae encima de la cabeza, produciendo una revelación desde una posición de exterioridad.

Cuando realizaba un proyecto empírico sobre la diversidad, del que hablaré en la segunda parte del libro, cobré mayor conciencia de esta tendencia académica de identificar conceptos en tanto aportan cosas al mundo. Yo tenía la misma tendencia, y por eso pude reconocerla. En el proyecto entrevisté a personal empleado por la universidad

como agentes de diversidad. Entendí que, trabajando para transformar las instituciones, producimos conocimiento sobre ellas. Los conceptos se ponen en funcionamiento según nuestra manera de trabajar, con independencia de lo que hagamos. Necesitamos desentrañar, algunas veces, qué son estos conceptos (qué estamos pensando cuando estamos haciendo, o qué hacer es pensar), porque los conceptos pueden ser turbios como hipótesis de base. Pero este desentrañar consiste, precisamente, en no traer un concepto de fuera (o de arriba): los conceptos están en los mundos que habitamos.

Cuando utilizo la idea de conceptos sudorosos, también intento mostrar que el trabajo descriptivo es trabajo conceptual. Un concepto es mundano, pero también es una reorientación hacia un mundo, una manera de cambiar las cosas completamente, una perspectiva diferente de una misma cosa. Más específicamente, un concepto sudoroso es aquel que sale de la descripción de un cuerpo que no se siente a gusto en el mundo. Con descripción quiero decir ángulo o punto de vista: una descripción de qué se siente al no sentirse a gusto en el mundo, o una descripción del mundo desde el punto de vista de no sentirse a gusto en él. El sudor es corporal; sudaremos más cuanto más intensa y muscular sea una actividad. Un concepto sudoroso puede salir de una experiencia corporal que es difícil. La tarea es quedarse con la dificultad, seguir explorando y exponiendo esta dificultad. Puede que sea necesario no eliminar el esfuerzo o la labor de la escritura. No eliminarlos se vuelve un objetivo académico, porque nos han enseñado a pulir nuestros textos, a no dejar traslucir lo mucho que nos cuesta llegar a alguna parte. La experiencia práctica de enfrentarse a un mundo, o la experiencia práctica de intentar transformar un mundo, también producen conceptos sudorosos.⁶

Si bien he trabajado de esta forma, he visto (en parte porque quienes me leen así me lo han dicho) signos de cierta incapacidad para admitir una dificultad: por ejemplo, cuando relato algunas de mis experiencias de violencia y acoso sexual, hago uso del *tú* y no del *yo*, permitiendo que el pronombre de segunda persona me dé cierta distan-

6. Desarrollaré los argumentos sobre la fenomenología práctica a partir de la conclusión de *On Being Included* (Ahmed, 2012), aunque utilizo otros términos en este libro, que no señalan con tanta prisa esta tradición filosófica. Véase, sobre todo, la segunda parte, «Trabajo de diversidad» para saber más sobre nuestro conocimiento de las cosas gracias a nuestros esfuerzos por cambiarlas.

cia. Intenté poner *yo* después de terminar el libro, pero el *yo* me pareció muy forzado, y dejé el *tú* como estaba, aunque con reserva. Feminismo: puede ser una presión. Esta presión es evidente como tensión en este texto, a veces plasmada en una confusión de pronombres y personas; la tensión entre contar cómo me hice feminista, ser agente de diversidad, manejar eso a lo que te enfrentas, y hacer reflexiones más generales sobre los mundos. He intentado no eliminar esta tensión.

El feminismo puede ser palpable en nuestra manera de producir conocimiento; en cómo escribimos, en quién citamos. Pienso en el feminismo como en un proyecto de construcción: si nuestros textos son mundos, hemos de hacerlos con materiales feministas. La teoría feminista es creación de mundo. Esta es la razón por la que debemos negarnos a posicionar la teoría feminista como una herramienta únicamente, en el sentido de algo útil en la teoría, pero que luego olvidamos o descartamos. No debería ser posible hacer teoría feminista sin ser feminista, cosa que requiere el compromiso activo y constante de vivir tu vida como feminista. Cuando estudiaba teoría crítica encontré este problema, que la teoría feminista puede ser feminismo en la teoría. Conocí a profesoras que escribían ensayos de teoría feminista pero que no parecían actuar como feministas; que, por costumbre, parecían dar más apoyo a los estudiantes que a las estudiantes, o que en sus clases dividían a las chicas en estudiantes más o menos leales. Ser feminista en el trabajo tiene que ver, o eso es lo deseable, con cómo cuestionamos el sexismo corriente y diario, incluido el sexismo académico. Y esto no es opcional: es lo que hace que el feminismo sea feminista. Un proyecto feminista es encontrar cauces para que unas mujeres puedan existir en relación con otras mujeres; cauces para que las mujeres puedan relacionarse entre sí. Es un proyecto, porque todavía no hemos llegado a este punto.

Convendría que nos hiciésemos estas mismas preguntas cuando escribimos nuestros textos, cuando atamos cabos, como hacemos al vivir nuestras vidas. ¿Cómo desmantelamos el mundo que se ha construido para acomodar solo a algunos cuerpos? El sexismo es uno de estos sistemas acomodaticios. El feminismo, en cambio, conlleva el apoyo a mujeres en pugna por existir en este mundo. ¿De qué estoy hablando aquí cuando hablo de *mujeres*? Estoy hablando de todas aquellas personas que viajan con la etiqueta de *mujeres*. Ningún feminismo digno de su nombre utilizaría la idea sexista de las «mujeres

«mujeres» para crear los límites de la comunidad feminista, para tratar a las mujeres trans como si no fueran mujeres, como si no hubieran nacido como tales, o como si fueran hombres.⁷ Nadie nace mujer, esto es una asignación (no solo un signo, sino también una ta-

7. He tomado la decisión de no citar ninguna obra de las (autodenominadas) feministas radicales, que escriben contra fenómenos que describen como «transsexualidad» (con frecuencia llamado feminismo radical trans excluyente, o TERFS), porque este trabajo me parece tan violento y reductor que no he tenido ningún deseo de incluirlo en el corpus de mi texto. Leyendo sobre la polémica en los medios sociales, he descubierto que los mecanismos para excluir a las mujeres trans del feminismo son móviles (como los muros de los que hablo en la segunda parte). En algunos casos he oído que algunas personas hablaban de «biología 101», o de una base científica de las diferencias sexuales femenina y masculina, para afirmar que las mujeres trans no son mujeres biológicamente, como argumento para justificar la exclusión de las mujeres trans. Yo quiero contestarles: ¿Biología 101? Pues el patriarcado ha escrito ese manual», y pasarles un ejemplar de *Woman Hating*, de Andrea Dworkin, un texto feminista radical que defiende el acceso de las personas transsexuales a la cirugía y las hormonas y cuestiona lo que ella llama «la biología tradicional de la diferencia sexual» basada en «dos sexos biológicos diferenciados» (1972, pp. 181, 186). En otras ocasiones, el trabajo trans-excluyente echa mano de la socialización en lugar de la biología: las mujeres trans no pueden ser mujeres porque se han socializado como hombres y se benefician de los privilegios masculinos. En este caso, lo que se convierte en inmutable es lo social y no lo biológico: como si la socialización solo existiera en un sentido, asociada únicamente a una categoría (género) y no se contestara ni disputara en la vida diaria dependiendo de cómo una persona encarne o no encarne esta categoría. El propio feminismo depende de la imposibilidad de la socialización de lograr sujetos dispuestos a ser sexualizados. Otro argumento típico es que, como una serie de prácticas médicas, la transsexualidad depende de las nociones esencialistas del género porque corrige los comportamientos no conformes con el género y obedece a un imperativo heterosexista. Por supuesto, existen décadas de investigación de teoría trans que es crítica con el género y las heteronormas como un aparato de verdad en las instituciones médicas; y que ha mostrado que, para obtener acceso a la cirugía y las hormonas, los sujetos trans deben contar un relato que sea legible para las autoridades porque conserva los guiones del género: desde «El imperio contraataca. Un manifiesto posttranssexual» (2006) de Sandy Stone hasta las obras más recientes de Dean Spade (2006) y Riki Wilchins (2014). Estas obras muestran que cuando un sistema de género (que te exige tu conformidad con la asignación que las autoridades te dieron al nacer) no te incluye, puede hacer que estés más alerta y seas más reflexiva con este sistema (aunque es muy importante no esperar que las personas excluidas de este sistema se hagan pioneras o transgresoras de normas). Creo que lo hay en el trabajo feminista antitrans es un deseo de excluir y vigilar las fronteras de las mujeres sean cuales sean los motivos (por eso el objetivo es un objetivo móvil). La vigilancia de la categoría mujeres es cómo un grupo específico de mujeres han asegurado su derecho a determinar quién pertenece al feminismo (la blanquitud ha sido otro mecanismo fundamental para vigilar el feminismo). No existe un solo caso en el que la vigilancia de las fronteras de las mujeres no haya sido desastroso para el feminismo. Para consultar una colección útil sobre perspectivas trans feministas, véase Enke (2012). Último apunte: el feminismo empieza con una premisa que no es una promesa: no tenemos que vivir de acuerdo con cómo nos ven otras personas.

rea o un imperativo, como analizo en la primera parte del libro) que puede conformarnos; hacernos; y rompernos. A muchas mujeres a las que se les asignó el sexo femenino al nacer, permítamonos recordarlo, no se las considera mujeres como es debido, o no se las considera mujeres en absoluto, tal vez por cómo se expresan, o no se expresan, a sí mismas (son muy buenas en los deportes, no tienen un cuerpo, un comportamiento o una conducta suficientemente femeninos, no son heterosexuales, no son madres, y un largo etcétera). Una parte de la dificultad de la categoría mujeres es lo que se desprende de habitar en esta categoría, y lo que se desprende de no habitarla debido al cuerpo que adoptas, los deseos que albergas, los caminos que sigues o no sigues. Si eres reconocible como mujer, te expones a la violencia; si no eres reconocible como mujer, te expones a la violencia.

En un mundo en el que *humano* sigue definiéndose en masculino, tenemos que luchar por las mujeres y como mujeres. Y para lograrlo necesitamos cuestionar igualmente la instrumentalización del feminismo. Incluso si el feminismo puede usarse como una herramienta que nos ayuda a entender el mundo afilando los bordes de nuestro sentido crítico, no es algo que podamos dejar a un lado. El feminismo va adondequiera que vayamos nosotras. Si no, no somos feministas.

De esta forma, practicamos el feminismo en nuestra relación con la academia. Cuando hice el doctorado, me dijeron que venerara a tal o cual teórico, que le siguiera, y no fue necesariamente con una orden explícita, sino mediante un cuestionamiento en apariencia inofensivo, pero cada vez más insistente: ¿Eres derridiana? ¿No? ¿Entonces eres lacaniana? ¿No? Ah, bueno, ¿entonces eres deleuziana? ¿No? ¿Entonces qué? Si no, ¿entonces qué? Quizá debiera haber contestado: ¡Si no, entonces no! Nunca he estado dispuesta a aceptar esta restricción. Pero para no aceptarla me hizo falta la ayuda de otras feministas que me precedieron. Si bien es cierto que podemos crear caminos propios negándonos a seguir otros, seguimos necesitando a otras mujeres que nos precedieron. En este libro he adoptado una política de citas estricta: no cito a ningún hombre blanco.⁸ Cuando digo *hombre blanco* me

8. Esta es una política de citación muy tajante (y quizá debiera añadir cis, hetero y no discapacitado al cuerpo general del que estoy hablando). Puede que sea necesario crear una política tajante para romper con una costumbre tan duradera. Esta política es más

refiero a una institución, como explico en el capítulo 6. No obstante, cito a quienes han contribuido a la genealogía intelectual del feminismo y del antirracismo, incluyendo obras que han sido descartadas o relegadas con demasiada rapidez (en mi opinión), obras que trazan otras sendas, sendas que podemos llamar líneas de deseo, y que han sido creadas no siguiendo las sendas oficiales trazadas por disciplinadas.⁹ Puede que estas sendas se hayan desdibujado porque no han sido transitadas; y puede que debamos esforzarnos más en encontrarlas; puede que tengamos que empecinarnos en que sigan avanzando no siguiendo el camino indicado.

Mi política de citas me ha dado más espacio para ocuparme de las feministas que me precedieron. Las citas son memoria feminista. Las citas son cómo reconocemos nuestra deuda con quienes nos precedieron; quienes nos ayudaron a encontrar nuestro camino cuando el camino estaba oculto porque nos desviábamos de las sendas que nos habían dicho que siguiéramos. En este libro cito a feministas de color que han contribuido en el proyecto de nombrar y desmantelar las instituciones de la blanquitud patriarcal. Considero este libro, antes que nada, una contribución a la investigación académica y al activismo feminista de color; en este corpus de trabajo es donde me siento más a gusto, como en casa, donde encuentro energía y recursos.

Las citas pueden ser ladrillos feministas: son los materiales mediante los cuales, desde los cuales, creamos nuestros hogares. Mi política de citas ha influido en el tipo de casa que he construido. Lo comprendí no solo escribiendo el libro, por eso que iba descubriendo a medida que surgía, sino también dando ponencias. Como ya he apuntado, en libros anteriores construí un edificio filosófico por mi compromiso con la historia de las ideas. No podemos confundir la

tajante que precisa porque entiende a los hombres blancos como un efecto acumulativo y no como una forma de agrupar a personas que comparten un atributo común (para saber más, véase el capítulo 6). Soy plenamente consciente de que en ciertos casos específicos podríamos debatir si tal o cual individuo es, o debería considerarse, parte del aparato institucional de los hombres blancos. Nótese también que cuando utilizo algunos materiales básicos (como, por ejemplo, el cuento de Grimm en el capítulo 3), sí que cito a hombres blancos. Esta política tiene más que ver con el horizonte intelectual del libro que con los materiales culturales que son mi fuente.

9. Ya usé la idea de las líneas del deseo en *Queer Phenomenology* (Ahmed, 2006). El concepto proviene de la arquitectura paisajística y define los caminos creados en el suelo cuando un número considerable de personas no siguen la ruta oficial.

historia de las ideas con la de los hombres blancos, aunque si haciendo una nos lleva a la otra, entonces nos están enseñando cuál es el supuesto origen de las ideas. Seminal: partir del supuesto de que las ideas se originan de los cuerpos masculinos. Ahora pienso en este edificio filosófico como en una estructura de madera en torno a la cual se construye una casa. En este libro no he construido una casa utilizando esta estructura. Y me he sentido mucho más vulnerable. Quizá las citas sean paja feminista: materiales más ligeros que, una vez reunidos, crean un refugio, sí, pero un refugio que te hace más vulnerable. Así es como me sentí al escribir este libro y hablando desde él: expuesta al viento; mecida por él, en mayor o menor medida, según lo que me fuera encontrando. Las palabras que iba lanzando danzaban a mi alrededor; comencé a detectar cosas en las que no me había fijado antes. Comencé a preguntarme si en el pasado había construido un edificio para crear una distancia. A veces necesitamos distancia para seguir un pensamiento. A veces necesitamos ceder distancia para seguir este pensamiento.

En los capítulos que siguen menciono distintas clases de materiales feministas que han sido mi compañía como agente de diversidad y feminista, y que abarcan desde la filosofía feminista hasta la literatura y el cine feministas. Un texto de compañía podría pensarse como una especie de compañía, por tomar prestada la sugerente fórmula de Donna Haraway (2003). Un texto de compañía es un texto cuya compañía te permite adentrarte en un camino menos trillado. Estos textos pueden provocar un momento de revelación en medio de una proximidad sobrecogedora; puede que compartan una sensación o te den recursos para comprender algo que había estado fuera de tu alcance; los textos de compañía pueden empujarte a dudar o a cuestionarte la elección elegida, o puede que te den una idea de que, si sigues por el camino que has tomado, no estás sola. Algunos de los textos que aparecen conmigo en este libro han estado antes conmigo: *La señora Dalloway* de Virginia Woolf; *El molino del Floss* de George Eliot; *Frutos de rubí* de Rita Mae Brown; y *Ojos azules* de Toni Morrison. No podría haber emprendido el camino que tomé sin estos textos. Vivir una vida feminista es vivir en muy buena compañía. He situado estos textos de compañía en mi kit de supervivencia aguafiestas. Os animo, como lectoras feministas, a reunir vuestro propio kit. ¿Qué incluiríais en él?

También podríamos llamar clásicos feministas a los materiales que incluimos en nuestros kits. Por clásicos feministas me refiero a libros feministas que han estado en circulación; que están usados de tanto pasarse de unas manos a otras. No me refiero a clásicos en el sentido de textos canónicos. Por supuesto, algunos textos se vuelven canónicos, y necesitamos preguntarnos cómo sucede esto, cómo se hacen las selecciones; necesitamos preguntarnos quién o qué no sobrevive a estas selecciones. Pero estos textos que nos llegan, que conectan con nosotras, no son necesariamente los textos que nos enseña la academia, o que llegan a la edición de clásicos oficiales. Muchos de los textos que conectan conmigo son textos que se consideran anticuados, que pertenecen a una época que ya no es la nuestra.

Para mí, la idea de los clásicos feministas es una forma de pensar en los libros como formación de comunidades. Fui parte de un grupo de lectura de clásicos feministas organizada por los estudios de la mujer en la Universidad de Lancaster. Este grupo de lectura constituyó una de mis experiencias de vida intelectual feminista favoritas hasta ese momento. Me encantaba la labor de revisar materiales que ahora serían omitidos seguramente, de encontrar abundantes recursos, conceptos y palabras en ellos. Ocuparse de los clásicos feministas es ceder tiempo; es decir que lo que nos antecede merece ser revisado, merece ser puesto al frente. Es una forma de hacer una pausa, de no correr hacia delante, de no dejarse seducir por el zumbido de lo novedoso, un zumbido que puede terminar siendo lo que oyes, bloqueando la posibilidad de prestar oídos a lo que antecedió. Lo que disfruté mucho también en el grupo de lectura fue la atención que prestamos a los libros como objetos materiales. Cada una tenía ejemplares diferentes; algunos descuartajados y muy leídos, gastados, y, por así decirlo, habitados. Es posible, pienso, vivir en los libros: algunas feministas incluso empezarán sus vidas feministas viviendo en ellos. Participar en el grupo con libros me hizo ser consciente de hasta qué punto pasarse los libros de mano en mano conforma a la comunidad feminista; la socialidad de sus vidas es parte de la socialidad de las nuestras. Existen tantas maneras de que los libros feministas cambien de manos; pasando entre nosotras, nos cambian a cada una de nosotras.

Existen muchas maneras de describir los materiales que reúno en este libro: los textos de compañía y los clásicos feministas son solo

dos de ellas. Los materiales son libros, sí, pero también son espacios de encuentro; cómo nos tocan las cosas; cómo tocamos las cosas. Pienso en el feminismo como en un archivo frágil, un cuerpo recompuesto de fragmentos, de salpicaduras, un archivo cuya fragilidad nos da una responsabilidad: el cuidado.

Vivir una vida feminista se estructura en tres partes. En la primera parte, «Hacerse feminista», explico el proceso de hacerse feminista, y que la conciencia de género es una conciencia mundial que te permite revisitar los lugares en los que has estado, distanciarte del género y de las heteronormas como distanciarte de la forma de tu vida. Arranco con experiencias que tuve de adolescente, explorando que estas experiencias individuales son vías para incorporarse (afectivamente, voluntariamente) a una historia colectiva feminista. En la segunda parte, «Trabajo de diversidad», me centro en el trabajo feminista como una forma de trabajo en el ámbito de la diversidad en las universidades, como los espacios donde he trabajado, así como en el día a día. Muestro que cuestiones de conciencia y subjetividad planteadas en la primera parte de este libro, el trabajo requerido para tomar conciencia de lo que tiende a replegarse, puede entenderse en términos de materialidad: los muros son los medios materiales que impiden que los mundos se encuentren, y mucho menos se registren. Exploro experiencias de ser una extraña, de no encontrarme a gusto en un mundo que da resistencia a otras personas. En la tercera parte, «Vivir las consecuencias», exploro los costes y el potencial de aquello contra lo que chocamos, hasta qué punto pueden destrozarnos historias que son duras, pero también hasta qué punto podemos ser inventivas, creando otras formas de ser cuando hemos de luchar por ser. La historia de la creatividad, de vínculos hechos y forjados, de aquello hacia lo que avanzamos y de aquello de lo que nos alejamos, es una historia que necesitamos mantener al frente; una historia feminista.

Es la experiencia práctica de chocar contra un mundo que nos permite inventar nuevas ideas, ideas que no son dependientes de una mente que se ha replegado (porque un mundo ha permitido este repliegue), sino de un cuerpo que debe menearse solo para hacerse un espacio. Y si todas nos colocáramos en el mismo espacio, ¡qué grande sería nuestro conocimiento! No es de extrañar que el feminismo dé miedo; juntas, somos peligrosas.

PRIMERA PARTE

HACERSE FEMINISTA

En la primera parte de este libro exploro el proceso de hacerse feminista. Meditar sobre este proceso puede ofrecer una manera de hacer teoría feminista, una manera de producir nuevas percepciones sobre cómo funciona el género en tanto sistema social, o en tanto maquinaria que intenta expulsar a determinados cuerpos. Las percepciones sobre el género y sobre la raza son mundanas. Hacerse feminista implica enfrentarse al mundo.

¿Cuál es mi historia feminista? Al igual que vosotras, tengo muchas. Como intentaré mostrar, mi biografía feminista se entreteje con otras facetas de mi biografía; cómo no iba a ser así; siendo la vida un embrollo. Inicio esta parte del libro con mucha sencillez; permaneciendo en el capítulo 1 tan cerca de casa como me es posible, empujando por recordar cosas que sucedieron. Rememoro experiencias que fueron dolorosas y difíciles, pero también alentadoras, que me infundieron vida porque gracias a ellas me adentré en una senda feminista. Si empezamos cerca de casa, nos abrimos al exterior. Intentaré mostrar que, al intentar entender cosas que suceden, también echamos mano de historias del pensamiento y del activismo que nos preceden. En todo momento, pues, reflexiono sobre el feminismo como legado afectivo; sobre cómo nuestras luchas por encontrar sentido a realidades que son difíciles de aprehender se insertan en una lucha más amplia, una lucha por ser, por encontrar sentido a la existencia.

En el proceso de describir cómo me hice feminista, esta parte inaugural del libro también ofrece un enfoque feminista sobre algunas áreas fundamentales de interés en el marco de la teoría feminista, y no solo: el papel de las sensaciones en la creación de conocimiento; la

Sentir injusticias

Una sensación suele entenderse como lo que no es: una sensación no es una reacción organizada o deliberada ante algo. Y por eso las sensaciones importan: te quedas con una impresión que no es clara o nítida. Las sensaciones suelen sentirse en la piel. La palabra *sensacional* se refiere tanto a la facultad de sentir como al despertar de una curiosidad, un interés o una emoción fuertes. Si podemos decir que una sensación es cómo un cuerpo entra en contacto con un mundo, entonces algo se vuelve sensacional cuando el contacto se vuelve más intenso. Quizá entonces sentir sea sentir esto incluso más.

El feminismo suele empezar con intensidad; eso contra lo que chocas y te despierta. Percibes algo en la aspereza de una impresión. Algo puede ser áspero, afilado, sin que se vea claramente la punta. Con el tiempo, con la experiencia, sientes que algo está mal o tienes la sensación de que te están haciendo algo malo. Sientes una injusticia. Puede que no hayas usado esta palabra para describirlo; puede que no encuentres las palabras para definirlo; puede que no te sientas capaz de dar en el clavo. El feminismo puede empezar con un cuerpo, un cuerpo en contacto con un mundo, un cuerpo que no se siente a gusto en un mundo; un cuerpo que no para quieto y cambia de sitio. Te parece que las cosas no van bien.

Muchas de mis primeras experiencias de sentirme mal, de chica, tuvieron que ver con una atención por parte de los hombres que yo no deseaba. Ocurrían cosas. Una y otra vez. Desde el principio, percibimos algunas consecuencias: si hacerse feminista no puede separarse de una experiencia de violencia, de sentirte mal, entonces lo que nos lleva al feminismo es lo que se está rompiendo potencialmente en añicos. Las historias que nos llevan al feminismo son las historias que nos dejan frágiles. El feminismo puede inspirarse (o, con más suerte, inspirarnos a nosotras) en las experiencias que nos dejan vulnerables y desprotegidas. Feminismo: cómo sobrevivimos a las consecuencias de eso que combatimos ofreciendo nuevas percepciones de lo que combatimos.

El trabajo feminista suele ser un trabajo de memoria. Trabajamos por recordar eso que a veces deseábamos (poder) olvidar. Cuando pienso en lo que significa vivir una vida feminista, he estado haciendo memoria, intentando juntar las piezas. He estado poniéndole una es-

ponja al pasado. Cuando pienso en mi método, pienso en una esponja: un material que puede absorber cosas. La sacamos y esperamos a ver de qué se impregna. No es que este trabajo de memoria consista necesariamente en rememorar lo que se ha olvidado; al contrario, permites que un recuerdo se vuelva claro, que cobre cierto frescor o nitidez; puedes reunir recuerdos como cosas, para obtener una imagen más completa de ellos, y dejar de atisbarlos a medias; para entender cómo conectan entre sí distintas experiencias.

Recuerdo, con mucha precisión, un momento concreto. Yo había salido a correr cerca de mi casa. Un hombre pasó por mi lado en bicicleta y me plantó una mano en los shorts, por detrás. No se detuvo; siguió pedaleando como si nada, como si no hubiera hecho nada. Yo me paré, temblando. Sentí mucho asco; me sentí intimidada, confusa, ofendida, furiosa. Fui el único testigo de este incidente; mi cuerpo, su memoria.

Mi cuerpo, su memoria: compartir un recuerdo es poner un cuerpo en palabras. ¿Qué hacemos cuando pasan estas cosas? ¿En quién nos convertimos? Seguí mi camino. Reanudé mi marcha, pero algo había cambiado: yo había cambiado. Estaba mucho más nerviosa. Cada vez que alguien venía por detrás, me ponía en alerta, tensa, a la espera. Me sentí diferente en mi cuerpo, que fue una manera diferente de encontrar el mundo.

Esta clase de experiencias parecen acumularse con el paso del tiempo, como cuando vas acumulando cosas en un bolso, pero este bolso es tu cuerpo, así que sientes que cada vez llevas más peso. El pasado se hace pesado. Todas tenemos distintas biografías de violencia, entretejidas con tantos otros aspectos de nuestro ser: cosas que suceden por cómo nos ven; y por cómo no nos ven. Encuentras una manera de expresar lo que sucede, de vivir con lo que sucede.

Este «tú» soy «yo». Parece que recibes el mismo mensaje una y otra vez: el exhibicionista del colegio que no se cansa de volver; esa vez que, de vuelta a casa, pasaste por delante de un grupo de chicos y chicas y uno te gritó que volvieras porque eras «follable», y todos rieron; esa vez que te cruzaste con un hombre que se estaba masturbando debajo de un árbol en el parque municipal y te dijo que te acercaras a mirarle y fue tras de ti cuando apretaste el paso; esa vez que ibas por la calle con tu hermana y un hombre abrió la puerta de su casa exponiendo su desnudez; esa vez que estabas en la parada del autobús

y un coche con un grupo de hombres frenó para decirte que subieras, y cuando te fuiste corriendo empezaron a abuchearte y a gritarte; la vez que te quedaste dormida en un vuelo largo, tapada con una manta, y al despertar había un hombre manoseándote por todas partes.¹ Recuerdo cada una de estas ocasiones no solo como una experiencia de violación, sino también como un acontecimiento sensorial que entonces fue demasiado sobrecogedor como para asimilarlo. Todavía puedo oír el sonido de las voces, el coche que ralentiza, la bicicleta que me adelanta, la puerta que se abre, el eco de las pisadas, el tiempo que hacía ese día, el sordo zumbido del avión al despertarme. Los sentidos pueden amplificarse, a veces después del suceso.

En el momento, en cada momento, algo sucede. Estás desconcertada. Estas experiencias: ¿Qué efectos tienen? ¿Qué es lo que hacen? Empiezas a sentir una presión, un implacable ataque contra los sentidos; un cuerpo en contacto con un mundo puede convertirse en un cuerpo que teme el contacto con un mundo. El mundo es vivido como una intrusión sensorial. Es excesivo. Que no te ataquen: intentarás ceñirte, alejarte de la proximidad, de la proximidad a una posibilidad. O tratarás de afrontar esta violencia embotando tus sentidos, aprendiendo a que nada te afecte o a que te afecte menos. Tratarás de olvidar lo sucedido. Estarás avergonzada. Guardarás silencio. Es posible que no se lo cuentes a nadie, que no digas nada y te consumas con la sensación de estar guardando un secreto. Se convierte en otra carga: lo que no es revelado. Adoptarás cierto fatalismo: estas cosas suceden; lo que tenga que pasar, pasará; que sea lo que tenga que ser.

La violencia provoca cosas. Empiezas a esperarlas. Aprendes a habitar tu cuerpo de otra forma con esta expectativa. Cuando percibes el mundo exterior como un peligro, lo que cambia es tu relación con tu cuerpo: te vuelves más cauta, tímida; puede que te repliegues en anticipación porque lo que ya ha sucedido volverá a suceder. Quizá fueron tus experiencias personales las que te han llevado a este punto, a la cautela como repliegue, pero quizá sea también lo que has aprendido.

1. Empleo el pronombre de segunda persona para dirigirme a mí y a nadie más. Estas experiencias me ocurrieron a mí. Otras mujeres tendrán otras experiencias de violencia por motivos de género. Pero cuando escribía estas experiencias sobre el papel, tuve la necesidad de expresarme en segunda persona unas veces y en primera personas, otras. Puede que estos cambios sean necesarios para expresar algo en palabras: cómo la violencia puede enajenarte de ti misma.

didado de otras personas. Te dicen que tengas cuidado: que tomes todas las precauciones y esperes ansiosa la posibilidad de que te destrocen. Empiezas a aprender que tener cuidado, que intentar que no te pasen estas cosas, es una forma de evitar que te hagan daño. Es por tu bien. Y percibes las consecuencias: si algo te sucede, es porque no has sabido evitarlo. Te sientes mal en anticipación a tu fracaso. Estás aprendiendo, igualmente, a aceptar la posibilidad de la violencia como algo inminente, y a apechugar tú sola como una manera de apechugar con las consecuencias.

Te enseñan a cuidar de ti teniendo cuidado de otras personas. Recuerdo a un policía que vino un día a nuestra clase para hablarnos de los «extraños peligrosos», como los llamaban. La lección transcurrió como de costumbre, como una sencilla enseñanza: no hables con extraños. Me formé una imagen de lo que era un extraño; imagen que no solo procedía de mi experiencia personal, sino también de aquella enseñanza. Una imagen, un cuerpo, una figura: aparece como por arte de magia. El primer capítulo de mi libro *Strange Encounters* empezaba evocando esta imagen: el extraño como una figura en las sombras, vestido con un «impermeable gris reluciendo a tus pies» (Ahmed, 2000, p. 19). El policía, al evocar al extraño, también me dio un cuerpo en el cual depositar mi ansiedad. Aunque el extraño podría ser cualquiera, era alguien reconocible; alguien de quien yo tendría cuidado. El extraño peligroso es tanto un guión efectivo como afectivo: unos cuerpos son peligrosos, otros corren peligro. Cuando eres una chica joven aprendes a comportarte con cuidado y cautela en espacios públicos, y este cuidado y esta cautela se tiene con quienes «no pertenecen», con aquellos cuya presencia o proximidad es ilegítima. El extraño merodea. El extraño se convierte en un contenedor de miedo.

La violencia se transforma en enseñanza cuando viene acompañada de un relato, de una explicación. Cuando has aprendido algo, cuando has recibido el mensaje de esta enseñanza, están dando orientación y forma a tus sentimientos. Tu cuerpo reacciona como es debido. En «Throwing like a Girl» (1990), Iris Marion Young se pregunta si las chicas llegan a ser «como chicas» por cómo llegan a habitar sus cuerpos. Las chicas terminan ocupando menos espacio por lo que hacen, y por lo que no hacen. Las chicas terminan conteniéndose por contener el uso de sus cuerpos. Young llama a esta contención «inten-

«eternidad inhibida», y la ilustra con el ejemplo de cómo las chicas aprenden a lanzar una pelota con la mano sin acompañar esta acción con el cuerpo.

Convertirse en una chica tiene que ver con cómo vives tu cuerpo en relación con el espacio. La construcción del género radica en cuánto espacio ocupan los cuerpos: pensemos en la intensa socialidad del metro o el tren, en cómo ciertos hombres suelen sentarse despatarrados, apoderándose no solo del espacio de enfrente de sus asientos sino también del espacio de enfrente de otros asientos; este espacio ha sido ocupado. Nosotras, para ser complacientes, ocupamos menos espacio. Cuanto más complacientes somos, menor es el espacio que deberemos ocupar. Género: un lazo, ciñéndose.

Un mundo puede encogerse cuando nos encogemos. Judith Butler (1993) nos enseñó a pensar en la «feminización» como mecanismo social. Nace una criatura: podremos decir «¡es niña!» o «¡es niño!». Incluso antes de que nazca: tenemos la posibilidad de ver en una pantalla si es niña o niño, cosa que se decide en función de la ausencia o la presencia de un pene. La fijación del género depende desde el principio del falocentrismo: del pene como decisor del futuro, dos sexos como dos caminos: el binarismo sexual como destino, como predestinación, como fatalismo. Incluso cuando criticamos la distinción entre sexo y género, incluso cuando las críticas feministas nos enseñan a hacer esta distinción (Gatens, 1983; Butler, 1990), sabemos que funciona como una forma de secuenciación: a continuación del sexo viene el género. Podríamos llamar a esta secuenciación «fatalismo de género», como queda implícito en la presunción de que «los chicos siempre serán chicos». Recuerdo «los chicos siempre serán chicos» como una expresión en inglés muy típica de los adultos, casi siempre asintiendo con la cabeza y con un tono de voz indulgente: los chicos son desobedientes porque son chicos, lógicamente; agresivos, violentos incluso. El fatalismo de género se fundamenta en ideas sobre la naturaleza y el tiempo: lo que «será» está determinado por lo que «es». Los chicos son así; las chicas, también. Pero el ser así no solo se convierte en una explicación (se comporta como un chico; menudo chicharrón está hecho), sino también en una expectativa. El «serán» de «los chicos siempre serán chicos» cobra la fuerza de la predicción. Una predicción se vuelve una orden. Serás chico. Cuando cumples esta orden, eres aceptable; has satisfecho una expectativa.

El sexo es asignado como una tarea; son deberes para casa. No es de extrañar que una mera descripción (¡es niña!; ¡es niño!) proporcione la base de una tarea (¡ser niño!, ¡ser niña!), así como de una orden (¡serás niño!, ¡serás niña!). Recibir una asignación es que te adjudiquen un signo: niño o niña. Este «O» está haciendo algo, marcando una oposición: o lo uno o lo otro. Un signo: lo que significa o denota algo. Desde el principio materia y significado están profundamente entrelazados; no es primero la materia (sexo) y luego el significado (género). Cuando te asignan *x* o *y*, también te están asignando a un grupo; una asignación es lo que recibes de otras personas que determinarán cómo te posicionas en relación con tu entorno. Somos más que estas asignaciones desde el principio.

Podemos sentirnos a gusto con una asignación; o no; más o menos. Una asignación también es un tarea; como deberes para casa. Que te asignen un sexo en este sistema binario es una manera de dirigirte hacia un futuro, como exploro más detalladamente en el capítulo 2. Quizá el género sea más trabajo para quienes se sienten menos a gusto en sus asignaciones originales. Puede que, desde el principio, no este-mos a gusto en un cuerpo porque no estamos a gusto en un signo. Y puede que seamos reasignadas a perpetuidad; los recordatorios de nuestra asignación puntúan nuestra vida como la gramática. De manera que, claro, los momentos de «feminización» nunca se agotan, incluso después de habernos definido como niñas. Como explica Judith Butler, la «feminización de la niña no termina ahí; por el contrario, las diversas autoridades reiteran esa interpelación fundacional» (1993, p. xvii). No es que el signo denota algo y ya está; lo importante es quién te trata a través de este signo; cómo lo recibes.

La feminización se activa no solo porque nos traten explícitamente como a niñas, sino también por el estilo o el modo del trato: como eres chica, podemos hacerte esto. La violencia también es un modo de trato. Ser chica es una forma de enseñarte lo que significa tener un cuerpo; estoy avisándote; te haré insinuaciones; eres objeto; cosa, nada. Hacerse chica es aprender a esperar estas insinuaciones, a modificar tu comportamiento en consecuencia; a ser cauta porque estás en un espacio público; a ser cauta por ser chica, simplemente. De hecho, si no modificas tu comportamiento en consecuencia, si no tienes cuidado y cautela, pueden hacerte responsable de la violencia que te han infligido (mira lo que estabas bebiendo, mira cómo ibas vesti-

da, mira dónde estabas, mira mira). Pueden hacerte responsable hayas modificado o no tu comportamiento en consecuencia, porque el fatalismo de género ya ha explicado que la violencia que te infligen es perdonable e inevitable. Las feministas llevan generaciones documentando la violencia de los juicios que suelen seguir a la violencia contra mujeres y niñas. La documentación es un proyecto feminista; un proyecto de vida.

Conciencia feminista

¿Cuándo empezaste a recomponer las piezas? Quizá cuando recompones las piezas estás recomponiéndote a ti misma. Estamos ensamblando algo. El feminismo es bricolaje: una forma de autoensamblaje. No es extraño que el trabajo feminista a menudo tenga que ver con el *ri-ming*, el momento oportuno: a veces somos demasiado frágiles para poder hacer este trabajo; no podemos correr el riesgo de que nos hagan añicos porque no estamos listas para recomponernos después. Con frecuencia estar listas significa estar preparadas para «des-hacerlos».

Llegado el momento, con trabajo, las cosas empiezan a cobrar más sentido. Empiezas a reconocer cómo se inflige la violencia: que te identifiquen como niña significa someterse a esta presión, a este implacable ataque contra los sentidos; un cuerpo que viene a temer el contacto con un mundo. Quizá aprendas de esto, de lo que obra esta repetición; comprendes retrospectivamente cómo has venido a ocupar menos espacio. Expresarás tu rabia feminista porque responsabilizan a las mujeres de la violencia que les infligen. El feminismo te ayuda a entender que se hace mal a alguien; reconocer esta maldad es comprender que no eras tú quien ha obrado mal.

Hacerse feminista: cómo describimos nuevamente el mundo en el que estamos. Empezamos a identificar que eso que me ocurre a mí, les ocurre a otras. Empezamos a identificar patrones y regularidades. Empezar a identificar: suena muy suave. No es un proceso sencillo ni directo, porque tenemos que permanecer con las maldades. Y pensamos en lo que se siente: dirigir tu atención a la experiencia de haber sido injuriada puede significar sentirse injuriada una y otra vez.

Necesitamos atender los baches; hay baches. Ya has notado que para algo. Puede que fuera una sensación incómoda al principio. Como apunta Alison Jaggar: «Solo cuando reflexionamos sobre esta irritabilidad, revulsión, ira o escama inicialmente confusas aflora en nuestra conciencia el conocimiento “visceral” de que estamos en una situación de coacción, crueldad, injusticia o peligro» (1996, p. 181; véase asimismo Spelman, 1989). Las vísceras tienen inteligencia propia. Una víscera feminista puede sentir que está pasando algo. Tienes que acercarte más a esta sensación; pero tan pronto intentas pensar en una sensación, con qué rapidez puede replegarse. Puede que despierte como un ansia de fondo, como un zumbido que aumenta de volumen gradualmente conforme avanza el tiempo, y poco a poco llena tus oídos, amortiguando otros sonidos. Y entonces, súbitamente parece (aunque quizá no sea tan súbito) que lo único que puedes percibir ahora es eso que te habías esforzado tanto en no oír. Una sensación que empieza en el fondo de tu mente —la incómoda sensación de que estás pasando algo— avanza gradualmente a medida que sobrevienen situaciones; pero esta sensación retrocede después, a medida que intentas seguir adelante con tu vida; a medida que intentas seguir adelante a pesar de esas situaciones. Quizá ni siquiera tengas ganas de sentirte así; sentirte mal es lo que lleva un mal a casa. Hacer caso a este sentimiento puede ser muy exigente; puede que te exija prescindir de algo que, por otra parte, parece darte algo; relaciones, sueños; una idea de quién eres; una idea de quién puedes ser. Puede, incluso, que no desees hacer caso a ciertas cosas porque hacerles caso cambiaría tu relación con el mundo; cambiaría el mundo en relación al cual existes. Debemos permanecer con los sentimientos que probablemente deseáramos alejar; que devienen recordatorios de esas cosas que ocurrieron que te hicieron consciente de tu existencia.

Quizá eso sea todo lo que puedes percibir. Quizá percibas algunas cosas como una forma de no percibir otras. Como he estado poniendo una esponja a mi pasado feminista, recordé otra conversación. Fue una conversación que mantuve con una de mis profesoras en la universidad, Rosemary Moore, que impartió las primeras clases feministas a las que me apunté: Mujeres escritoras del siglo XIX en 1988 y Mujeres escritoras del siglo XX en 1989. No había recordado esta conversación en mucho tiempo, aunque no sería del todo cierto decir que la había olvidado. Le pregunté si mi trabajo de fin de curso tenía que

ser sobre mujeres o género. Me respondió que no, pero que lo contrario sería extraño. ¿Por qué le hice esta pregunta? Ingresé en la universidad porque quería estudiar filosofía. Me interesaba especialmente eso que yo llamaba «escepticismo»: filosofías que consisten en dudar de lo que existe como una manera de cuestionar qué es qué. Desafortunadamente, en la Universidad de Adelaide se estudiaba sobre todo filosofía analítica y, en la primera clase de Filosofía 101 (inicial), el escepticismo era descartado por refutarse a sí mismo. Para estudiar las obras que me interesaban terminé en el departamento de literatura inglesa, porque allí enseñaban «teoría» propiamente. Y elegí los cursos de mujeres escritoras, no porque me interesase la teoría feminista (y eso que me apasionaba el feminismo), sino porque me interesaba la teoría crítica. Tenía interés en saber cómo conocemos las cosas, en las cuestiones de la verdad, en la perspectiva y la percepción, en la experiencia y la subjetividad. Quería preguntar cómo sé que lo que es verde para mí también es verde para ti; esta clase de preguntas eran las que me interesaban.

Sí: elegí los cursos de mujeres escritoras porque quería estudiar teoría crítica. Nuestra profesora enseñaba el psicoanálisis de Lacan. Empezamos por aquí, pero esto no fue lo que atrajo mi interés; fue la teoría literaria feminista de los años 1980 y, en adelante, la filosofía de la ciencia feminista y la epistemología feminista. Terminé escribiendo mi primer ensayo feminista para este curso.² Entonces ¿por qué di este rodeo? ¿Por qué pasé de la teoría crítica a la teoría feminista, si yo me tenía por feminista y había sido una feminista sin pelos en la lengua en mi juventud? Creo que porque hasta aquí llegaba mi percepción del feminismo. Había creído que filosofar o cuestionar la naturaleza de la realidad no era hacer feminismo: que el feminismo trataba de lo particular, no de lo general; de lo relativo, no de lo universal; que el feminismo era cuestionar y desafiar la violencia sexual, la desigualdad y la injusticia, y no la naturaleza de la realidad como tal. No había comprendido que el feminismo era una vía para desafiar lo universal. No era consciente de que cuestionar el sexismo era una de las formas más profundas de alterar lo que creemos que es determinado y aprender, en consecuencia, cómo se determina lo determinado. La teo-

2. Hay un detalle gracioso: ¡escribí mal *patriarcado* en todo el ensayo! *Patriarcado* pasó a *patriacado*. Quizá fuese un deseo obstinado de escapar del patriarcado.

ría feminista me enseñó que lo universal es lo que hay que reventar. La teoría feminista me enseñó que, por lo general, la realidad es simplemente la manida explicación de otra persona. Así que, si en la introducción de este libro insinué que la teoría feminista es lo que te lleva allí, al aula, podríamos apuntar que la teoría feminista también puede ser lo que te saca de ella. Con esto quiero decir: pensé que quería estar en la clase de teoría; la teoría feminista me enseñó que esta no era mi clase. El feminismo es mi clase de teoría.

También aprendemos: reconocer el sexismo o el racismo aquí puede ser una manera de no reconocerlo allí. Una ubicación puede ser una reducción. Hacerse feminista involucra un proceso de reconocer que eso contra lo que chocas no puede ubicarse ni reducirse a un objeto o una cosa (que podrían descartarse a su vez para que podamos volver a empezar). El proceso de reconocimiento del sexismo no fue terno o automático. Tuve muchos inicios fallidos porque me resistía a muchas cosas: solo pude ingerir el feminismo sorbo a sorbo. Quizá no pude asimilar más porque eso significaba reconocer que yo había sido asimilada. Puedes sentirte estúpida por no haber visto las cosas con más claridad antes. Tienes que renunciar a una versión de ti misma, así como a una versión de los acontecimientos. Y puede que necesitemos recordar lo duro que es reconocer que un mundo no te acomoda debido al cuerpo que tienes. Yo no quería que el feminismo estuviera en todas partes, como tampoco quería encontrar estos límites; quería que existieran espacios adonde pudiera ir dejando simplemente mi cuerpo atrás.

Si el camino al feminismo no es un camino de rosas, si nos resistimos a lo que vamos encontrando porque es mucho que digerir, esto no quiere decir que cuando nos dejemos llevar todo vaya a ser difícil. Cuando empiezas a juntar las piezas, puede ser mágico: la maravilla del instante revelador, del clic, cuando lo que antes aparecía oscuro empieza a esclarecerse, cuando todo encaja en su sitio. Pestañas y el mundo reaparece: la claridad puede parecerse mágica. Para mí, leer teoría feminista fue una serie de clics continuos. Después, enseñar estudios de la mujer fue una verdadera delicia, puesto que me permitió compartir instantes reveladores de otras personas: qué sonido, el de este clic; qué importante es que este sonido sea audible para otras personas.

Descubrir el feminismo puede ser empoderante porque es una forma de rehacer el pasado. Es personal. No hay duda: es personal.

Lo personal es estructural. Aprendí que una estructura puede golpearle; una estructura puede magullarte. Un hombre que te viola tiene permiso para hacerlo: esto es estructura. Su violencia se justifica como natural e inevitable: esto es estructura. Se responsabiliza a una chica de esta violencia: esto es estructura. Un policía que hace la vista gorda porque la llamada que recibe es una llamada doméstica: esto es estructura. Un juez que habla de la ropa que la mujer llevaba puesta: esto es estructura. Una estructura es un arreglo, una orden, un edificio; un ensamblaje.

Necesitamos que la estructura ponga en evidencia la estructura. Catalogar ejemplos de violencia es crear un catálogo feminista. Creo que una de las razones por las que el proyecto *Everyday Sexism* me pareció tan importante y convincente fue porque muestra que catalogar ejemplos de sexismo es necesariamente un proyecto colectivo.³ El proyecto aborda la creación de un espacio virtual en el que podemos insertar nuestras experiencias individuales de sexismo, violencia sexual o acoso sexual para mostrar lo que sabemos: que este o aquel incidente no es aislado, sino que forma parte de una serie de sucesos; una serie como estructura. Estas estrategias feministas recientes han revivido aspectos fundamentales de la segunda ola del feminismo; estamos en la hora del resurgimiento porque el sexismo no es algo del pasado. Despertar la conciencia también era esto: construir un relato feminista, un relato para una junto con y a través de otras mujeres, conectar mi experiencia con la experiencia de otras mujeres. Necesitamos un sistema de depósito que muestre la escala del sexismo. Cuando existe un espacio al que es posible ir con estas experiencias —y el feminismo es dar a las mujeres espacios donde ir—, los relatos tienen a aflorar: el «gota a gota» se transforma en torrente. Es como si aflojáramos una tapa permitiendo que su contenido vuelva a fluir. Feminismo: destapar una válvula de presión.

El feminismo puede permitir que vuelvas a habitar, además de tu pasado, también tu cuerpo. Puede que, con el tiempo, al tomar conciencia de que has estado cediendo tu espacio personal, te des permiso para ocupar más espacio; para extender tu alcance. Solo por el hecho de darnos este permiso no significa necesariamente que accedamos a

ese permiso. Volver a habitar el cuerpo, ser menos precavida, ganar confianza llevan su tiempo. Descubrir otra manera de vivir en tu cuerpo forma parte del proceso feminista. Aprenderemos a dejarnos tropear contra las cosas en vez de replegarnos, anticipando la violencia. Estoy describiendo una dificultad, pues claro; estoy describiendo que las vías para resolver problemas pueden activar los problemas que tratamos de resolver. Sabemos que no somos responsables de resolver el problema de la violencia; cambiar cómo nos relacionamos con el mundo no cambia el mundo. Y, sin embargo, al negarnos a replegarnos, al negarnos a reducir la cantidad de espacio que ocupamos, al insistir en ocupar espacio, no estamos recibiendo el mensaje que nos han enviado. Para poder recomponer las piezas, no puedes sino recibir mal el mensaje, el mensaje que dice que algo malo es bueno. No es de extrañar, entonces, como exploro más adelante, que hacerse feminista sea mal visto, como un error.

Cuando empezamos este proceso de reconstruirnos, encontramos mucho más que a nosotras mismas. El feminismo, al darte un lugar adonde ir, te permite visitar los lugares donde has estado. Podemos volvernos más conscientes del mundo en este proceso de tomar conciencia de las injusticias porque nos han enseñado a hacer la vista gorda a muchísimas cosas. Un mundo puede derramarse una vez que lo dejamos entrar, una vez que hemos abierto la puerta de nuestra resistencia. El feminismo también puede convertirse en una experiencia: un libro leído que lleva a otro; una senda que te lleva a descubrir el feminismo, más y más feminismo, nuevas palabras, conceptos, argumentos, modelos: patriarcado, falocentrismo, cultura de la violación, el sistema sexo-género. Al descubrir el feminismo estás descubriendo las numerosas vías que las feministas ya probaron para entender experiencias que tú has vivido, antes de que las vivieras; esas son experiencias que te conducen a otras. Así y todo, tenemos que seleccionar: algunas de estas vías para entender las cosas tienen más sentido para ti que otras. Pero siempre recordaré esta sensación; la intuición de que hay otras como tú ahí fuera, de que no estás sola, de que no estabas sola. Tu difícil historia está escrita en palabras que se transmiten. Suelo pensar en la lectura de libros feministas como si trabara nuevas amistades, con la conciencia de que otras mujeres han pasado por aquí antes.

3. Véase la página web Everyday Sexism Project <<http://everydaysexism.com/>>. Laura Bates, fundadora del proyecto y de la web, ha publicado *Everyday Sexism* (2014).

Aunque sigas sintiendo dolor, frustración y rabia, aunque sientas estos sentimientos con más fuerza por haberles prestado más atención, los diriges de otra manera. Conocimiento es este logro de dirección. Tus sentimientos no se dirigen ni hacia ningún desconocido anónimo con el que te has cruzado (o no únicamente), ni hacia ti misma por permitir que algo suceda (o no simplemente), sino hacia un mundo que reproduce la violencia justificándola.

Problemas con nombres

La conciencia feminista puede ser como un interruptor que está encendido. A pagarlo podría ser necesario para sobrevivir en el mundo en el que vivimos, que no es un mundo feminista. La conciencia feminista es cuando el botón de encendido es la posición por defecto. A nosotros que lo apagues, estás encendida. Quizá esto sea el reverso de la configuración habitual, según la cual has de apretar el botón para encender. No hay duda: puede ser agotador. A veces parecerá que es tan cansino, si no más, percibir sexismo y racismo que experimentarlos: al fin y al cabo, esta percepción es la que da dimensión real a las cosas. Y a veces puede ser tentador pensar: todo sería menos difícil si pudiera dejar de percibir el sexismo y el racismo. Sería más sencillo filtrar lo que percibes. Personalmente, no creo que esta sea una opción fácil. Y no creo que siempre sea una opción disponible: porque, una vez has dejado entrar el mundo, para filtrar lo que percibes sería necesario renunciar al sujeto que ya eres. Pienso que esto es una promesa: una vez que te has convertido en una persona que percibe el sexismo y el racismo, es difícil dejar de ser esa persona.

Si un mundo puede ser lo que aprendemos a no percibir, percibir pasa a ser una forma de labor política. ¿Qué aprendemos a no percibir? Aprendemos a no percibir según qué sufrimiento, de manera que si el sufrimiento de quienes nos son extraños aparece, aparece solo débilmente, en los confines de nuestra conciencia. De hecho, esta es otra de las maneras de identificar la figura del extraño: extraños no son simplemente quienes no reconocemos, sino quienes reconocemos como extraños; no solo quienes no conoces, sino quienes no debes conocer. De pequeña es posible que te dijeran que no te acercaras a los

pagotudos en la calle, que filtraras, eliminando de tu visión, no solo su sufrimiento, sino también su existencia. No tienen nada que ver contigo. Apúrate, no te pares. No solo estamos aprendiendo qué sufrimiento (de quién) debe afectarnos o cómo debe afectarnos; también andamos ocupadas ejercitándonos en distinguir entre personas amigas y personas extrañas, creando esta distinción entre quiénes importan y quiénes no. Es una distinción basada en la violencia. Es una distinción que se impone por la violencia. Aprendemos a filtrar lo que estorba nuestra ocupación del espacio. Tan pronto has aprendido esto, dejas de ver a ese individuo.

Si nos han enseñado a mirar hacia otro lado, hemos de aprender a mirar de frente. Audre Lorde me enseñó que mirar de frente a lo que es difícil —que además de qué puede ser quién— es políticamente necesario, aunque a veces sentimos que nos estamos complicando la vida por ello. Audre Lorde nos enseña que algunas dificultades —cuando chocamos contra un mundo por el cuerpo que tenemos— son duras de asimilar cuando son vividas. En *Sister Outsider*, Audre Lorde describe las palabras racismo y sexismo como «palabras de adultos» (1984a, p. 152). Encontramos racismo y sexismo antes de tener las palabras que nos permiten entender lo que encontramos. Las palabras nos permiten acercarnos a nuestras experiencias; las palabras nos permiten comprender lo que hemos vivido después de vivirlo. Nos volvemos testigos retrospectivos de nuestro devenir. Sexismo y racismo: si son problemas para los que tenemos determinados nombres, los nombres suelen rezagarse detrás de los problemas.

Poder llamar a los problemas por su nombre ya es otra cosa. Antes, era difícil dar en el clavo. Con estas palabras como herramientas, repasamos nuestra historia personal; marillemos el pasado. En mi caso, me llevó mucho tiempo poder describir siquiera hasta qué extremo raza y racismo habían estructurado mi mundo. Leer teoría feminista negra y feminista de color me permitió repasar mi pasado, ocupar este pasado. Crecí en un barrio muy blanco de Australia. Fui a un colegio muy blanco (me pregunto si, en lo relativo a la blanquitud, existe algo que sea muy «muy»). Apenas éramos unas cuantas personas de color; no sabíamos muy bien cuál era el vínculo entre nosotras, aunque sabíamos que existía alguno. Yo tenía una madre blanca inglesa y un padre de piel oscura paquistaní que, digamos, había sacrificado del todo, o casi, su propia historia para dar a sus hijos una oportunidad en

un nuevo mundo.⁴ No teníamos amigos paquistaníes, aunque visitamos ocasionalmente Paquistán y recibimos visitas de nuestras tías paquistaníes. Pero fueron momentos ocasionales, fugaces, que no pude aprovechar mucho realmente. Mi piel era oscura, visiblemente distinta, pero yo no tenía una conciencia real de esta diferencia; no tenía una percepción real de dónde me venía esta diferencia, o de dónde venía yo. Yo notaba un malestar, me trataban como si estuviera haciendo algo mal, pero no sabía el qué. Algo iba mal. ¿Cómo dar con las palabras que lo explicarían?

Tuve que irme de casa antes de poder encontrar estas palabras. Tuve que irme para poder regresar. Estaba escribiendo un capítulo de mi tesis doctoral sobre la subjetividad. Necesitaba un ejemplo. Recuerdo mirar por la habitación por si hubiera algo a mi alrededor que pudiese inspirarme. Es curioso que me acuerde de esto porque después regresaría sobre un objeto que tenía cerca: la mesa, un objeto que se convertiría en otra clase de compañero de escritura (Ahmed, 2006). Mientras miraba en derredor, me vino a la cabeza. Un recuerdo se intermiscuyó en el presente como por voluntad propia. Estaba preparada para la intrusión. Recordé una experiencia que tuve a los catorce años de edad, cuando caminaba cerca de casa, por una calle de Adelaide. Dos policías que iban en un coche se me acercaron. El primero preguntó: «¿Eres aborigen?». Al parecer se habían cometido robos en la zona. Racismo: cómo una asociación entre aboriginalidad y criminalidad se convierte en pregunta. Retomaré esta asociación a su debido tiempo. El segundo policía bromeó a continuación: «¿O no es más que un simple bronceado?». Aunque fue una ocurrencia, no estaba exenta de hostilidad hacia mí, y fue una experiencia incómoda en aquel momento. Fue la experiencia de que te conviertan en una extraña, de que te identifiquen como la persona fuera de lugar, la persona excluida, la persona cuya proximidad es registrada como delito o amenaza. Tan pronto recordé esta experiencia, se me vinieron muchas más cosas a la cabeza; un goteo se hizo torrente.

4. Para un debate más largo sobre la importancia de ser de raza mixta con especial referencia a mi relación con la blanquitud, véase el capítulo 5 de este libro y el capítulo 3 de *Queer Phenomenology* (Ahmed, 2006). Véase igualmente el estupendo artículo de Gail Lewis (2009) sobre su relación con su madre blanca en tanto sujeto de raza mixta, que conjuga la autobiografía con una lectura de textos psicoanalíticos y sociológicos.

En el colegio la policía era amable y me enseñó a desconfiar de los extraños por mi propia seguridad. En la calle, la policía era hostil y me enseñó que convertirse en una extraña es que te paren por el trato que recibes. Aprendemos de esta diferencia: mi primera enseñanza fue una enseñanza sobre la blanquitud y no solo la feminidad. El cuerpo femenino blanco es el que se concibe como vulnerable y necesitado de protección. En el segundo encuentro, yo era el peligro, no quien corría peligro; un cuerpo oscuro no es percibido como un cuerpo femenino frágil. Mis distintas experiencias con la policía revelan que el extraño es una figura racializada. Lo que me sucedió dependía en parte en mi capacidad de pasar o no por esta figura. Retomo este ejemplo en el capítulo 5 para reflexionar sobre mi capacidad de seguir mi camino, y cómo esta capacidad fue una forma de clase y de privilegio racial. Pero pensemos en el extraño como en una figura racializada. La racialización del extraño no es aparente de forma inmediata; a fin de cuentas, nos enseñan que el extraño podría ser cualquiera. Mi memoria de persona extraña me enseñó que el «podría ser cualquiera» señala más a unos cuerpos que a otros. Te paran en la calle porque piensan que eres aborigen; te permiten seguir tu camino cuando pasas por blanca.

La conciencia feminista y antirracista no solo implica encontrar las palabras, sino descubrir, a través de las palabras, de qué forma señalas, comprender cómo es dirigida la violencia: la violencia es dirigida más hacia unos cuerpos que hacia otros. Si llamamos a un problema por su nombre podemos cambiar no solo cómo registramos un suceso, sino si lo registramos o no. Quizá no llamar a los problemas por su nombre sea una forma de rehuir una dificultad que persiste con independencia de que la rehuyamos o no. No verbalizar un problema con la esperanza de que desaparezca significa, con frecuencia, que el problema sigue sin verbalizarse y ya está. Al mismo tiempo, verbalizar el problema tampoco hace que el problema desaparezca. Verbalizar el problema, darle un nombre, puede vivirse como una magnificación del problema, al permitir que algo cobre densidad social y física reuniendo en algo tangible aquello que, de otro modo, habría quedado en experiencias dispersas. Hacer que el sexismo y el racismo sean tangibles también es una forma de darles visibilidad más allá de una misma; algo que puede ser nombrado y abordado por y con otras personas. Tener algo que señalar puede ser un alivio; de lo contrario, puedes sentirte sola o perdida. Existen diferentes tácticas para encarar el se-

xismo y el racismo; y el que estas tácticas puedan estar en tensión es una dificultad. Cuando verbalizamos los problemas, podemos convertirnos en un problema para aquellas personas que no desean hablar del problema aunque sepan que existe. Puedes causar un problema si no dejas las cosas tranquilas.

Necesitamos adquirir palabras para describir eso contra lo que chocamos. Hacerse feminista; encontrar las palabras. *Sexismo* es otra de estas palabras. Suele llegar después del suceso: miramos atrás y podemos explicar que lo sucedido ha sido sexismo. Decir que algo es sexista no es crear algo que no existía antes; eso de que describir algo como sexista es hacer que algo sea sexista es una idea sexista. Pero decir que algo es «sexismo» provoca cosas. Modifica una relación, puesto que no crea algo de la nada. Las conexiones pueden ser eso por lo que debemos luchar, porque existe un gran silencio en torno al sexismo: el sexismo cobra un alto precio a las mujeres que hablan de él. Porque, a fin de cuentas, decir que algo es sexista no solo es comentar algo que ocurre como parte de un sistema más amplio (negarse a dar un estatus de suceso excepcional a lo que ocurre), sino que también es describir ese algo como algo injusto e injustificable. Decir que algo es sexista no solo es modificar una relación modificando nuestro entendimiento de esta relación; también es insistir en que son necesarias más modificaciones. Cuando decimos «eso es sexista», estamos diciendo no a eso, y también decimos no al mundo que permite tal discurso o tal comportamiento; estamos pidiendo a los individuos que cambien para que estos discursos y comportamientos dejen de ser aceptables o permisibles.

No solo a los individuos: el caso es que se estimula a los individuos a participar en la cultura sexista, y se les recompensa por ello. La recompensa puede llegar a través de la reafirmación de tus semejantes (la incitación a hacerlo permite que un grupo refuerce sus lazos por cómo tratan a otros de imposter). Pero las instituciones también permiten y recompensan el comportamiento sexista: es sexismo institucional. Las bromas sexuales se institucionalizan con mucha frecuencia. Es posible que participes en la guasa porque si no lo haces tendrás que pagar un precio elevado: tú te conviertes en el problema, en quien reprueba la broma o crea tensión. Sencillamente por no actuar como ellos, te tratan como si estuvieses controlando su comportamiento. Si no participas en la broma creerán que estás reprobando su conducta,

huyas emitido o no un juicio. Cuando haces alguna objeción, te acusan de tomarte las cosas a mal. Cuando describimos algo como sexista o racista, suelen desdeñarnos por tener una percepción errónea, por no entender como es debido las intenciones o los actos de los demás. «No lo he dicho con mala intención», dirá él. Y, de hecho, como te tomas a mal lo dicho o hecho, no solo estás equivocada, sino que creen que estás siendo injusta. Cuando hablas de sexismo y racismo, lo que se oye es que estás dañando la reputación de un individuo o de una organización. Retomo este asunto del daño en el capítulo 6, cuando hablo de muros.

A veces podríamos salir ganando si no nos tomamos a mal el trato recibido. Una vez, hace mucho tiempo, cuando aún vivía en Australia, una mujer me contó que en una entrevista de trabajo un hombre le preguntó de dónde era (a algunas siempre nos hacen la misma pregunta, como poniendo en cuestión nuestra existencia, como exploro en el capítulo 5). La mujer se explica: habla de sus orígenes. Es de raza mestiza. Entonces él le dice que las mujeres mestizas son guapas. Me indigné mucho cuando me lo contó, pero ella le restó importancia: dijo que había sido un cumplido; le dieron el empleo. Sospecho que esto encierra una historia: la historia de cómo restamos importancia a las cosas. Para seguir adelante, sigues como si nada. Yo habría usado las palabras *racismo* y *sexismo* para describir cómo la convirtieron en un espectáculo exótico, pero probablemente ella habría recibido estas palabras como una imposición de fuera, posiblemente como una exigencia de renunciar a una oportunidad a su alcance, de renunciar a algo, una vez más.

Son escenarios complicados: puedes obtener algunos beneficios si te adaptas a un sistema que, en otro nivel, está poniendo en riesgo tu capacidad de habitar un mundo en condiciones más justas. Creo que muchas mujeres, participar voluntariamente en una cultura sexista es transigir, incluso si ellas no lo viven así, porque nos han enseñado (por experiencias anteriores, por eso contra lo que chocamos) que negarse a participar puede ser peligroso. Te arriesgas a quedarte al margen de todas las estructuras actuales que permiten la supervivencia dentro de una institución, por no hablar de progreso. Aquí podemos decir: la resistencia a reconocer algo puede ser una manera de encajar ese algo, o de vivir con él. La resistencia al reconocimiento puede ser una forma de reconocimiento; el reconocimiento como forma de resignación, incluso.

A veces: para poder sobrevivir a la implacabilidad del sexismo y del racismo puede ser necesario que les restes importancia, no nombrándolos, o incluso aprendiendo a no experimentar estos actos como violaciones de tu cuerpo; aprendiendo a esperar que esta violencia sea parte de la rutina; haciendo de este fatalismo tu destino. A veces: tenemos que aprender a no restar importancia a las cosas, a sabiendas de que, si no hacemos algo, creerán que estamos haciendo demasiado. Cuando empezamos a usar palabras como *sexismo* y *racismo*, palabras que dotan de mayor realidad eso que nos piden no percibir, presentimos que habrá consecuencias. Presentimos el dolor que vendrá después, así como el castigo. En la tercera parte del libro explico que vivir una vida feminista es vivir con las consecuencias de ser feministas que están dispuestas a llamar a los problemas por su nombre. Pero primero me gustaría hablar de la figura de la aguafiestas. Lleva un tiempo esperando (algo impacientemente) para hablarnos.

Convertirse en el problema

Como ya he sugerido, cuando dices que algo es sexista o racista, estás haciéndolo más tangible, de manera que resulta más fácilmente transmisible a otras personas. Pero para aquellas personas que no tienen una percepción clara del racismo o sexismo del que estás hablando, sacarlos a relucir es darles existencia.

Cuando expones un problema, supones un problema.

Si dejas de hablar del problema o desapareces, parecerá que el problema desaparece. El peso del sensacionalismo cae rápidamente sobre los hombros feministas: cuando ella habla de sexismo y racismo, su relato se oye como un relato sensacionalista, como si exagerase para impresionar.⁵ La aguafiestas feminista empieza como una figura sensacionalista.

5. Cuando terminé un proyecto de investigación sobre la diversidad que comento en la segunda parte, nos encontramos con esta forma de escucha directa. Escribimos un informe sobre cómo el mantra del buen rollo y el énfasis en las buenas prácticas como técnica positiva ocultaban el racismo. La reacción fue: seguro que estáis exagerando. Te encuentras con la incredulidad de que pueda existir tanto racismo. Creen que estás

hata. Es como si el objetivo de su argumento fuera causar problemas, entrometirse en la felicidad de los demás, por su propia infelicidad. Volveré a la cuestión de la felicidad y la infelicidad en el capítulo 2. Pero observemos que la aguafiestas feminista empieza su vida como una figura antifeminista: estamos reutilizándola para nuestros propios fines.

Dejad que vuelva a contar mi historia de cómo me hice feminista recurriendo a la figura de la aguafiestas feminista. Empezaré esta historia con una mesa. En torno a la mesa, una familia se ha reunido.⁶ Siempre nos sentamos en el mismo sitio: mi padre en un extremo, yo en el otro, mis dos hermanas a un lado, mi madre al otro. Siempre nos sentamos así, como si intentásemos proteger algo más que nuestro sitio. Tenemos conversaciones amables, durante las cuales solo se pueden abordar ciertos temas. Alguien dice algo que te parece problemático. Primero intentas no decir nada. Pero siguen comentándolo. Contestas, quizá, sopesando las palabras. Explicas por qué piensas que lo que han dicho es problemático. Hablarás conservando la calma, pero pronto empezarás a enervarte, y reconoces, con frustración, que te estás dejando enervar por alguien que es enervante. Aquí es donde aparece la aguafiestas feminista: cuando habla, parece enervada. Yo aparezco aquí. Esta es mi historia: enervada.

Diga lo que diga, la que habla como feminista es, por costumbre, la causa de la discusión para los demás. Es ella quien frena la fluidez de la comunicación. La cosa se tensa. Ella tensa las cosas. Podemos empezar a presenciar qué encierra esta dinámica. El problema no se limita al contenido de lo que está diciendo. No solo está diciendo cosas que están mal: también está entrometiéndose en algo, el logro de la representación de la familia, o de un *nosotros* u otro, que es creado por esto que no se dice. Hay tanto que se supone que no

exagerando, y esta exageración se oye como una forma de malicia o animadversión. Nunca publicaron nuestro informe. Oír las historias de racismo pensando que son sensacionalistas es una forma de no oír las. Véase Swan (2010b) para un buen debate sobre el proceso de auditoría. Y vaya mi agradecimiento a Elaine Swan por compartir este trabajo y su voluntaria solidaridad.

6. Cuento mi relato personal de cuando me hice feminista como un relato de la mesa familiar. Es importante reconocer que no todas las familias se reúnen alrededor de una mesa. Las mesas también pueden tener sus propias biografías; historias propias que contar. Véase mi libro *Queer Phenomenology* (Ahmed, 2006) para un debate más sostenido sobre las mesas como objetos de parentesco.

debes decir, hacer, ser, en aras de preservar este *nosotros*. Y, sin embargo, aunque se supone que no debe reaccionar así, su reacción es, en otro nivel, deseada. Al fin y al cabo, se está enervando porque alguien la está enervando. La familia es escenificada siendo testigo de su nerviosismo, de sus aspavientos. ¡Mirad, mirad cómo gesticula! Convertirla en la causa de una tensión es otra manera de preservar la ilusión de que, sin ella, la familia sería civilizada. Creo que las que hemos sido aguafiestas en torno a mesas familiares probablemente sabemos esto: lo útiles que resultamos como contenedores de incivilidad y discordia.⁷

Cada vez que hablamos, los ojos se ponen en blanco, como si dijeran, ya, sabíamos que ibas a decir eso. A partir de estas experiencias, podemos condensar una fórmula:

Ojos en blanco = pedagogía feminista.

Los ojos se ponen en blanco vayas donde vayas, digas lo que digas. En realidad, ni siquiera te hace falta decir nada antes de que empiecen a hacerlo. Parecerá que los ojos se ponen blanco como una expresión de exasperación colectiva porque eres feminista. Hacerse feminista a menudo tiene que ver con alojarse en un *porque*. Dice eso porque es feminista; o, más fuerte aún, eso solo lo está diciendo porque es feminista. En la introducción expliqué que practicar el feminismo es desarrollar nuestras tendencias feministas (convertirse en la clase de persona que está dispuesta a hablar alto y claro de sexismo y racismo). Ahora podemos ver que el feminismo es refutado o desdennado porque lo presentan como una tendencia personal, como si la feminista discutiera porque es una discutidora; como si mostrara su disconformidad porque es una inconformista. Así, se acusa a las feministas de ser incapaces de contenerse, como si por ser feminista funcionases con el piloto automático.⁸ Tratan el feminismo como si fuera un alejamiento del mundo y no un compromiso con el mundo. Estamos hablando de cómo las feministas son apartadas del mundo debido a la naturaleza

7. Como exploro en el capítulo 7, esto explica nuestra alarma cuando la aguafiestas feminista asoma, porque sabemos cuáles son las consecuencias de cumplir las expectativas de que nos convirtiremos en ella.

8. En el capítulo 3 analizo la teoría de que las feministas padecen debilidad de voluntad.

de su compromiso; de cómo los relatos feministas son ignorados por deliberadamente los hechos en cuestión.

Podemos apreciar, pues, que las sensaciones que nos conducen al feminismo muchas veces son las mismas sensaciones que experimentamos después de hacernos feministas. Gracias al feminismo entendemos las injusticias; te das cuenta de que no te equivocabas. Pero si de muchas una injusticia, estarás equivocándote a ojos de los demás, una y otra vez. La sensación de injusticia que sientes puede terminar exacerbandose: te sientes agraviada porque a ojos de los demás la que se equivoca eres tú, solo porque estás señalando algo que es injusto. ¡Es frustrante! Y entonces tu frustración puede interpretarse como una prueba de tu frustración, de que hablas así, sobre esto o aquello, porque estás frustrada. Es frustrante que te tomen por una persona frustrada; es enfurecedor que te tomen por una persona furiosa. O, si estás furiosa por algo y te toman por una persona furiosa (un feminista negra furiosa o una mujer de color furiosa), entonces el motivo que te había enfurecido desaparece, cosa que puede enfurecerte más. Si bien es cierto que el feminismo nos permite redirigir nuestras emociones hacia objetos diferentes, también lo es que nuestras emociones pueden convertirse en sus objetos. Nos menosprecian por sensibles. Esto es suficiente para sensibilizarnos.

Y luego, cómo no, los objetos a los que ponemos objeciones se reafirman como objetos inadecuados para la crítica o la denuncia. Recuerdo una vez que, en torno a la mesa familiar, comentábamos la película *Kramer contra Kramer*. Recuerdo que reflexioné sobre la demonización de la madre. Señalé este punto, un punto de vista obviamente feminista, que es difícil no señalar una vez que has adoptado una tendencia feminista. Y entonces: ¡el ruido, el ruido! «Oh, ¿por qué no puedes dejarnos disfrutar de esta película tan tierna?»; «Oh, ¿es que no ves la relación tan especial que tienen padre e hijo y lo cruel que es ella?»; «Oh, siempre estás viendo problemas donde no los hay», etcétera. Feministas: ver problemas donde no los hay. Es como si estos problemas no existieran hasta que tú los señalas; como si por señalarlos los estuvieras creando.

Nos convertimos en un problema cuando describimos un problema.

Otro día, mucho después de otros momentos aguafiestas a la mesa familiar, estaba cenando con mi hermana y su pareja (de entonces). Él comenzó a hablar de los aborígenes y de lo quejicas que se ponían si el ejército movía una roca porque era sagrada. Fue muy ofensivo. Le contesté. Puede que empleara la palabra *racismo*. No recuerdo si lo hice, pero estaba en mi mente. El racismo estaba en mi mente porque el racismo estaba en la sala. A cada cosa que yo decía él se ponía furioso, pero era una furia silenciosa y cargada de miradas. Se quedó ahí sentado, con un rostro de acero, durante el resto de la cena, sin tocar la comida de su plato. Los camareros pululaban nerviosos. Todo el mundo estaba siendo amable con él. Cuando desperté a la mañana siguiente, recibí una llamada de mi madre; le habían dicho que yo le había quitado el apetito a él. «Cuando aprenderás...», pude oír estas palabras aunque no las pronunciara.

Pobrecito

Mala

Los recuerdos en torno a la mesa, siendo yo la aguafiestas, regresaron en cascada, como una sensación abrasadora en la piel; el recuerdo de ser la persona que quita el apetito a los demás. Sientes que después de señalar una injusticia viene otra injusticia. Otra cena arruinada. Tantas cenas arruinadas. Esta cascada: sucede. Todavía sucede. Sentir una injusticia; sentirse acusada de injusta; sentirse injuriada. Si las sensaciones nos conducen al feminismo, hacerse feminista es provocar sensaciones.

Conclusión: la alienación como sensación

La aguafiestas feminista se presentó ante mí por primera vez en una situación dolorosa y difícil. Regresar a algunas de las primeras experiencias de esta asignación me ha enseñado muchísimo. En el capítulo 2 complico el escenario de su llegada para mostrar que la aguafiestas no aparece simplemente por lo que saca a relucir. Pero es importante empezar con mi primera sensación de ella como figura, cómo se presentó ante mí; cómo habló, más que simplemente de un sentimiento de

alienación, de vivir alienada de un mundo, una familia, una serie de arreglos. Si dices algo y los ojos se ponen en blanco, terminarás en un estado de sorpresa e incredulidad: ¿cómo es posible que no vean lo que tenemos justo delante? Aprendes a dudar de la realidad como tal, porque dudas de su realidad, esta realidad. Cuando cuestionas el ser y el racismo es difícil no cuestionarlo todo.

Esto es otra promesa

ser feminista puede ser como vivir en un otro mundo aunque estés sentada a la misma mesa. Si este es el caso, entonces ser feminista es estar en un mundo diferente. Muchas cosas se reproducen por pasar desapercibidas: por replegarse a un segundo plano. Lo que ha pasado a un segundo plano cobra vida cuando dejas de participar en este replegue. No es extraño: la familia se convierte en algo más tangible cuanto más te alienas de ella.

Si la aguafiestas feminista aparece en una conversación en torno a la mesa, saca a relucir otras cosas, incluida la familia, y también la mesa, como una serie de arreglos. Cuando a las feministas se nos menosprecia por sensorialistas, experimentamos el mundo como algo mucho más sensorial; lo que de ordinario solemos pasar por alto, o miramos por encima, se nos muestra como algo sorprendente. El mundo se registra, una vez más, como una intrusión sensorial; los hechos que posiblemente has intentado olvidar cobran mayor nitidez a medida que adoptas una mirada feminista. El pasado se amplía cuando deja de estar encogido. Hacemos que las cosas sean más grandes por el solo hecho de negarnos a empequeñecerlas. Experimentas el mundo a otra escala.

La experiencia de ser feminista con frecuencia es una experiencia de no estar a tono con otras personas. La nota que desentona no es solo la nota que se oye más aguda, sino también la nota que arruina la melodía entera. Por supuesto, suena negativo: arruinar algo. Nos oyen como personas negativas: siempre estamos arruinando algo; comidas, así como fotografías, como exploro en el capítulo 2. Necesitamos arruinar lo que arruina. Podríamos pensar que arruinar no solo es una actividad que provoca el colapso o el derrumbe de algo, sino también en una manera de aprender de las cosas cuando desmantelamos cosas, o por desmantelarnos.

Pienso en *Ojos azules*, de Toni Morrison. Es un libro que empieza desmontando a la familia feliz, condenándola literalmente a la muerte: la familia nuclear, la familia blanca del álbum de fotos, se vuelve confusa cuando la puntuación de la historia es eliminada. Yo describiría a la narradora de esta novela, Claudia, como a una crítica feminista negra. Estudia con atención no solo la blanquitud, sino también el género. Nos enseña acerca de la interseccionalidad por su manera de pellizcar cosas; por su manera de hurgar en las cosas. En una escena Claudia reflexiona sobre cómo empezó todo:

Empezó en Navidad con los regalos de muñecas. El regalo supremo, el especial, el más amoroso era siempre un gran bebé de ojos azules. Por los ruidos cloqueantes que emitían los adultos, yo sabía que aquella muñeca representaba lo que ellos creían que era mi más preciado deseo (...). [Las demás muñecas] que en teoría debían proporcionarme un gran placer, coincidían en justamente lo contrario (...). Reseguía el perfil de la nariz respingona, picaba los vidriosos ojos azules, retorció los pelos amarillos. No podía amarla, pero sí podía examinarla para ver qué era lo que el mundo entero clasificaba como adorable (...). Yo destruía bebés blancos (1979, pp. 13-14).

Claudia encuentra que la muñeca en teoría deseable, la muñeca en teoría amable, es algo que no infunde amor. La sintonía, en este caso, es una técnica de poder: al cloquear, los adultos están intentando decirle cuál es la forma adecuada de tratar a la muñeca blanca. La sintonía empareja un afecto con un objeto. Por sus cloqueos, Claudia sabe que todos esperan que ame a la muñeca blanca. La falta de sintonía de Claudia se expresa en el trato que le da al objeto (la pincha y la devuelve en lugar de cloquear); un trato que, sin ninguna duda, los demás percibirán como violencia y agresión; como desafección, deslealtad, ingratitud. Si la falta de sintonía se expresa en un pobre manejo de las cosas, entonces la falta de sintonía es una cosa mundana. Los objetos traen mundos con ellos. En el caso de Claudia, no solo se siente ajena a las muñecas como objetos, sino también a la blanquitud patriarcal que eleva estos objetos a la categoría de objetos deseables y «amables». La falta de sintonía es la falta de sincronía con un mundo. Y no solo eso: es experimentar qué está en sintonía con la violencia. Podríamos describir a Claudia como una aguafiestas feminista negra: en vez de cloquear, se dedica a desmembrar lo que le han dado para

amar, la muñeca blanca; utiliza el regalo para producir contraconocimiento.

Si bien la alienación es sensación, no es solamente, o únicamente, la sensación de la negación: de experimentar la impronta de un mundo como violencia, aunque incluye estos sentimientos. La alienación es atenta; aprendes más de los deseos cuando no son lo que tú deseas. Podemos pensar en la alienación como asombro: nos asombramos de las cosas; su ensamblaje nos maravilla. Las muñecas que no queremos, no las descartamos o las relegamos a algún rincón simplemente, como trapos inertes olvidados en la mesa. Cuando son desmembradas, las muñecas son el objeto de nuestra atención; no solo nos enseñan cómo son (la nariz respingona, los vidriosos ojos azules, los pelos amarillos), sino que también nos enseñan qué se supone que debe gustarnos o a qué debemos parecernos, incluso; nos enseñan la esencia misma de las aspiraciones humanas. Cuando no sintonizamos, cuando no amamos lo que se supone que debemos amar, es cuando las cosas se vuelven disponibles para nosotras como cosas sobre las que poder reflexionar, asombrarse. Puede que destrocemos cosas para entenderlas. O puede que, cuando tratamos de entenderlas, otros creen que las estamos destrozando.

Cuando percibimos algo malo, nos apartamos de un deseo. Tener un sentido de las cosas como cosas palpables no es independiente, por tanto, de tener un sentido de la injusticia. Una vida feminista es cómo entramos en contacto con las cosas. Y con cuánto asombro.